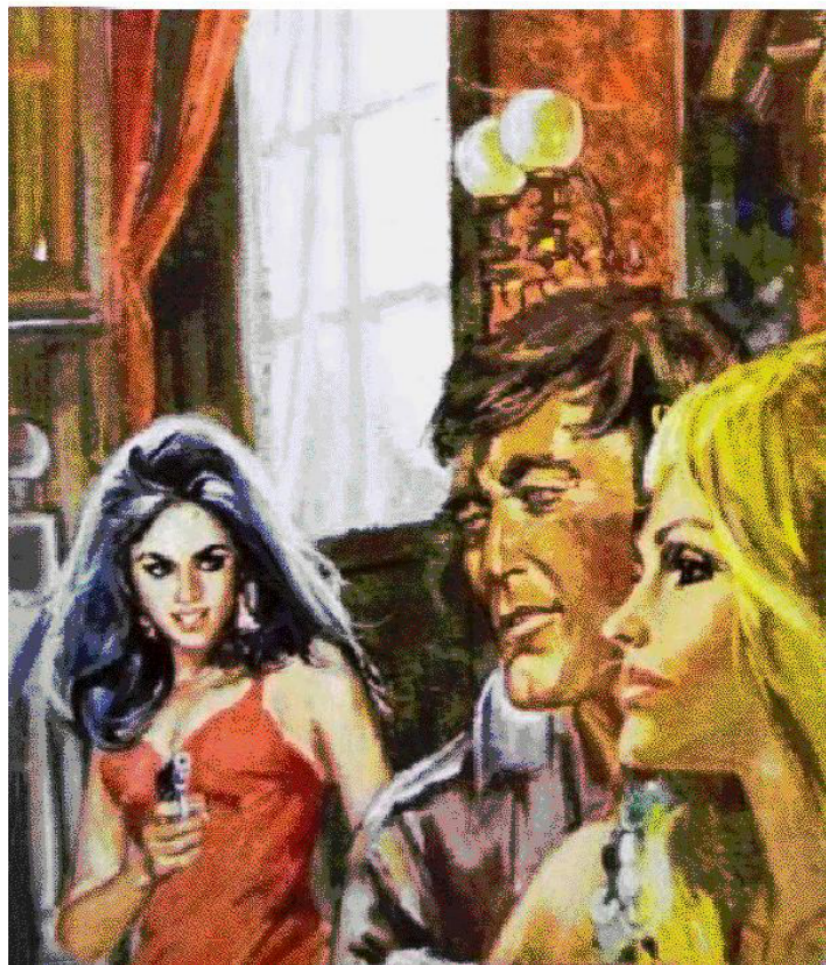




agencia "k"

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

AGENCIA "K"

Colección **PUNTO ROJO** n.º 757
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 34.200 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1976

© Clark Carrados - 1976
texto

© Miguel García - 1976
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.504. — Testamento para un asesino.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.366. — El teatro de la muerte.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.058. — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812. — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
943. — La hondonada del diablo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526. — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818. — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635. — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138. — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
66. — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
752. — ¡Guerra o paz!
- En Colección COLORADO:
973. — El rural, el bandido y la dama.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba solo en aquellos momentos. Era el día libre de la servidumbre, pero Rob DeWitt no iba a echar de menos a ninguno de los criados.

Al contrario, le convenía estar solo, ya que dentro de unos minutos iba a recibir a una encantadora criatura, que le tenía sorbido el seso. Tan loco estaba por aquella mujer, que había contratado el asesinato de su propia esposa.

El señor DeWitt se había quedado viudo un mes antes. Su esposa, además de dejarle viudo, le había dejado también una fortuna muy saneada. La vida era bella, pensó el aparentemente inconsolable viudo.

La visitante a quien aguardaba no podía ya tardar mucho. DeWitt se sirvió una copa y la levantó, en un silencioso brindis, a la salud de la persona que había contribuido poderosamente a su viudez.

El asunto había sido llevado con gran discreción, de tal modo, que el señor DeWitt había quedado exonerado de toda sospecha. Lo único que no le gustaba al señor DeWitt era el exagerado precio que debía pagar por el «servicio».

—Y no pienso pagar —murmuró—. ¿Adónde iríamos a parar —se dijo, fingidamente escandalizado—, si por conseguir quedarse viudo se tuviesen que pagar nada menos que cien mil libras?

De pronto llamaron a la puerta.

Rob DeWitt dejó de lado sus pensamientos. Se ajustó maquinalmente el elegante batín corto, y retocó el pañuelo de seda blanca que llevaba al cuello, sin dejar de caminar hacia la puerta. Ella ya había llegado, pensó, exultante de satisfacción.

Abrió. Una negra silueta apareció ante sus ojos.

—Jenny... —empezó a decir, antes de darse cuenta de que aquella persona no era la mujer a quien aguardaba.

—No soy Jenny —dijo la mujer, cuyo rostro parecía hecho de papel, debido a la blandura de su epidermis—. Soy la representante de la Agencia «K».

—¿A... gencia «K»? —repitió DeWitt, atónito.

—Sí. —Ella tenía los ojos cubiertos por grandes gafas oscuras—. Usted contrató el asesinato de su esposa por determinada cifra, pagadera a los treinta días. Hemos estado esperando en vano su remesa de dinero.

—Oiga, he tenido dificultades...

—Nosotros no las tuvimos para dejarle viudo, señor DeWitt.

—Bien, pero es que... Escuche, si quiere, le daré ahora cuatrocientas libras; es todo lo que tengo a mano. Mañana iré al Banco...

La desconocida sonrió.

—Mañana irá al cementerio.

Algo brilló en la mano de la mujer. DeWitt oyó un chasquido y sintió un leve pinchazo, como el de una aguja de inyecciones, un poco más arriba del estómago.

—La Agencia «K» cumple siempre sus tratos y exige de sus clientes el cumplimiento de las condiciones pactadas —dijo la mujer fríamente—. Cuando eso no sucede, nos tomamos el desquite. Señor DeWitt, cuando encuentre a su esposa en el más allá, dele saludos de nuestra parte.

DeWitt tema la boca abierta de par en par, anonadado por la sorpresa. De súbito, le pareció que las piernas se le hacían de mantequilla.

Al mismo tiempo, notó un frío intensísimo y una terrible sensación de ahogo. Quiso gritar, pero ya no le salían las palabras de la boca.

Ella le empujó suavemente hacia atrás, con una mano enguantada. DeWitt cayó de espaldas. La mujer cerró, dio media vuelta y se marchó tan discretamente como había llegado.

Dermott Fox leyó la noticia al día siguiente, pero no le prestó demasiada atención, pese a que la muerte de Rob DeWitt tenía ciertas características que le conferían un carácter poco común. Según el forense, en una primera estimación, DeWitt había fallecido a consecuencia de la entrada de veneno en la sangre, probablemente, introducido mediante una aguja.

Fox había conocido a DeWitt años atrás e incluso se había establecido cierta amistad entre ambos. También había conocido a su bella pero autoritaria esposa, recientemente fallecida en un accidente de automóvil. La señora DeWitt se le había insinuado en más de una ocasión, pero Fox solía ser muy puntilloso en esta clase de asuntos. Las mujeres le gustaban muchísimo, pero no los líos con las casadas.

Al menos, a sabiendas de que ella estaba casada. Por otra parte, había aprendido a conocer bien pronto a la bella pero antipática señora DeWitt. Ella no tenía bastante con un hombre, y no sólo en el aspecto estrictamente físico de la cuestión, sino que necesitaba ejercer su dominio sobre el esposo y el amante. Y esto era algo a lo que Dermott Fox no quería prestarse en modo alguno.

—En este mundo sobran mujeres hermosas —se dijo, cuando llegó a la conclusión de que lo mejor era cortar las relaciones con los DeWitt. Con gran discreción, por supuesto, como así hizo.

Ahora DeWitt había sido asesinado. Su esposa había muerto un mes antes. Era una lástima, ciertamente, pero Dermott Fox tenía otros problemas más urgentes que resolver.

Aquella noche, ya un tanto avanzada la hora, Dermott Fox penetró en un dormitorio, sin conocimiento de su ocupante. Desde las cortinas del balcón, Fox percibió los sonoros ronquidos de la señora Grapherd.

La señora Grapherd era madura, gorda y riquísima, además de muy aficionada a las joyas de gran valor. Fox, vestido enteramente de negro, avanzó cautelosamente hacia el dormitorio.

La señora Grapherd estaba en el lecho, boca arriba, resoplando como un cetáceo. A Fox le entraron deseos de gritar: «¡Ballena a la vista!», pero se contuvo, porque las verdaderas ballenas no usaban joyas de gran valor.

Durante unos segundos. Fox contempló los enormes brazos de la durmiente, que asomaban fuera del embozo de las sábanas, gordos y mantecosos y ahora, por fortuna, limpios de los kilos de joyas que los solían adornar. Lo único que se veía era una sortija con un brillante del tamaño de una cereza, en el anular izquierdo.

Fox sacó algo parecido a un lápiz, y lo situó sobre el rostro de la señora Grapherd. Un chorro de gas brotó inmediatamente de una espita. Fox procuró que el gas diera directamente en la nariz de la

durmiente.

Ella se agitó un poco y murmuró unas palabras incoherentes. A los pocos momentos, se relajó y continuó su sueño, apenas interrumpido. Fox tenía la seguridad de que la señora Grapherd dormiría hasta las ocho o las nueve de la mañana.

La sortija pasó rápidamente a su poder. Sin temor a ser descubierto, encendió las luces.

Tardó muy poco en encontrar un maletín repleto de joyas. La vista del contenido del maletín casi le mareó. Parecía un sueño de las Mil y Una Noches.

Fox había ido prevenido. Muchas de las joyas estaban en caías forradas de terciopelo rojo o negro. Fox las trasladó a una bolsa de gruesa tela, que había llevado consigo. Al terminar el saqueo, se colgó la bolsa del cuello por medio de un cordón dispuesto adecuadamente.

Todavía faltaba el toque final. Fox se encaminó al tocador y eligió entre los útiles de maquillaje. Con un lápiz para cejas, se acercó a la durmiente, cuyo voluminoso pecho se alzaba y descendía con rítmica regularidad. Bajó mi poco el escote y pintó en la carne blanca y mantecosa el perfil de una cara, con una mano extendida, cuyo pulgar se apoyaba en la nariz. Casi soltó la carcajada, al pensar en lo que diría la señora Grapherd al día siguiente, cuando se mirase al espejo.

Al terminar, apagó las luces y se dirigió hacia el balcón.

Una vez fuera, se descolgó con las manos, sin importarle el hecho de que la calle estuviese a seis pisos de distancia. Se balanceó un par de veces y cayó en el balcón inferior, sin hacer el menor ruido, debido a los zapatos de gruesa suela de goma que usaba.

La puerta de doble hoja del balcón estaba entreabierta. Fox la había dejado así deliberadamente. Sin embargo, había unos gruesos cortinajes que protegían el interior de las vistas indiscretas. Abrió, apartó las cortinas y entró en el dormitorio.

Entonces, con gran sorpresa por su parte, se encontró frente a frente con una hermosa joven, que llevaba tanta ropa como en el momento de su nacimiento.

La joven lanzó un pequeño grito y se apoderó de algo parecido a una bata, que colocó delante de su cuerpo. Fuera de la sorpresa y de cierta indignación por la irrupción de un desconocido en el

dormitorio, ella no parecía demasiado turbada.

—Lo siento tantísimo, señorita —dijo Fox—. No tenía la menor noticia de que este dormitorio estuviese ocupado.

—Lo tomé yo esta misma noche —contestó la joven—. Salga de aquí inmediatamente o llamaré a la policía.

—Dejemos a Scotland Yard en paz, señorita —sonrió él—. Le aseguro que no quiero hacerle el menor daño, ni he entrado a robar...

—Oh, ya, claro; ha venido a la parada de autobús, ¿verdad?

Fox sonrió. La chica le caía simpática. De pronto, vio algo que hizo chispear sus ojos.

Lanzó una risita. Ella le miró, intrigada.

—¿Qué le pasa ahora?

Fox no contestó. Volvió a reír. La joven se dio cuenta de que él tenía la vista puesta en algo que había a sus espaldas.

Ella giró un poco la cabeza y lanzó otro pequeño chillido. Sí, estaba cubierta por delante, pero detrás, a ocho o diez pasos, había un espejo, que reflejaba toda su espalda desnuda.

Sin perder la cara, ella corrió lateralmente.

—Es usted un fresco —le apostrofó—. ¿Por qué no se marcha ya de una vez?

—Eso es lo que iba a hacer, señorita... Aún no sé su nombre.

—Thea Welles.

—Yo soy Dermott Fox. ¿Qué tal?

—Encantada... Oh, basta ya, se está burlando de mí. —De pronto, Thea reparó en la indumentaria del joven—. ¡Usted es un ladrón!

—Sí, pero le aseguro que no pienso robarle sus joyas.

—No podría, señor Fox.

—¿Por qué, señorita Welles?

—Porque no tengo joyas. Soy pobre.

Las cejas de Fox se arquearon.

—Oiga, estamos en el Palladium, uno de los mejores hoteles de Londres, donde, según las malas lenguas, se usa el respirómetro. ¿No sabe qué es el respirómetro?

—¿Algún aparato médico?

—Bueno, si se mira desde ese punto de vista... Cuando un cliente entra en el Palladium, le cuelgan del cuello un respirómetro.

Este útil aparatito mide la cantidad de aire que respira el cliente. Por tanto, al final de la estancia en el hotel, la dirección incluye en la cuenta una nota por el importe del aire respirado.

—Caramba, no sabía que cobrasen hasta el aire... —De pronto, Thea se dio cuenta de que era una broma—. Se burla de mí —añadió, amoscada.

Fox se echó a reír.

—Era sólo un medio de mostrar mi extrañeza. Si es pobre, ¿cómo pude hospedarse en el Palladium?

—Eso no le importa a usted en absoluto —contestó ella con aspereza.

Fox volvió a mirarla y movió la cabeza con gesto pesimista.

—Tan joven y entregada ya al vicio y la disipación —dijo—. Luego llegará un hombre gordo, sudoroso y jadeante, pero riquísimo, que disfrutará de los numerosos encantos de una hermosa muchacha...

Sorprendentemente, Thea se echó a reír.

—Algo hay que hacer para vivir —contestó—. Y usted no puede arrojar la primera piedra, puesto que es un ladrón.

—Sí, lo soy.

—¿No le da vergüenza?

—No, porque robo a los pobres para dárselo a los ricos... Oh, qué tonto soy; quise decir que robo a los ricos y entrego el botín a un pobre.

—¿Sólo a un pobre?

—Sólo a uno, aunque en esta ocasión, haré una excepción.

Fox se descolgó la bolsa del cuello, la abrió, hurgó en su interior y acabó sacando una bonita sortija, con un rubí de gran tamaño.

—Tome, señorita pobre —dijo—. El rubí es auténtico, pero, en cierto modo, corriente, por lo que no hay miedo de que se descubra que no es suyo.

—¿Trata de sobornarme?

—Oh, no, en absoluto; ya le he dicho que robo a los ricos y se lo doy a los pobres. Usted es uno de los pobres.

—¿Cuáles son los otros?

—Yo.

Thea fijó sus hermosos ojos azules en el hombre que tenía frente a sí. Una cálida sonrisa apareció en sus labios.

—Sé que no debiera aceptar..., pero la tentación es muy fuerte —dijo—. Gracias, señor Fox.

El ladrón hizo una profunda reverencia.

—El placer que siento al notar su alegría es tan grande como la tristeza que siento cuando pienso que dentro de poco vendrá un hombre gordo, sudoroso, jadeante y riquísimo, a disfrutar de la belleza de una joven pobre.

—Ya ve, la vida —suspiró Thea.

—Sí, la vida —concordó él tristemente—. Y ahora...

Fox se acercó a una silla, en la que había una chaqueta a cuadros, que se puso de inmediato. La bolsa con las joyas fue a parar a uno de los bolsillos.

Luego sacó unas gafas y un bigote postizo.

—Oiga, está desconocido —dijo Thea, cuando él hubo acabado la transformación.

—Eso es lo que pretendo, señorita. Y ahora me marchó para no tropezarme con el hombre gordo, sudoroso...

—... Jadeante y riquísimo, que viene a aprovecharse de la pobreza de una joven cuya única fortuna es su belleza. El mundo es así, no le dé más vueltas, Dermott.

Fox sonrió.

—Gracias, Thea. Adiós.

Antes de salir, Fox abrió la puerta y miró al pasillo. Vio que estaba desierto y salió, pero, antes de cerrar, agitó la mano en dirección a la joven.

Ella contestó con un saludo análogo, sin darse cuenta de que movía la mano con la que sujetaba la bata que cubría su cuerpo. Fox lanzó una suave carcajada y cerró, mientras Thea, roja de vergüenza, se inclinaba para recoger la bata y, ahora, ponérsela como era debido.

CAPÍTULO II

Al día siguiente, cerca del mediodía, Thea, sentada en una cómoda butaca en el gran vestíbulo del hotel, desplegó el periódico que acababa de comprar para distraerse unos momentos.

Sesenta minutos más tarde, leyó una noticia que la dejó estupefacta:

¡OTRO GOLPE DE EL BURLÓN!

«Joyas por valor de ochenta y cinco mil libras esterlinas han desaparecido la pasada noche de la habitación que mistress Grace Petting-Blowes ocupaba en uno de los más acreditados hoteles de la capital, sin que la víctima se hubiese apercebido de la presencia del famoso ladrón, que deja, como señal de sus hazañas, una marca peculiar, que reproducimos en un diseño contiguo al presente reportaje. En el caso de mistress Petting-Blowes, la marca quedó dibujada en su pecho...».

Thea no pudo contener una risita. Pero luego se puso seria y recordó que el Burlón le había regalado un valioso rubí.

En cierto modo, no lamentaba que la señora Petting-Blowes hubiera sido despojada de sus joyas. La víctima tenía fama de arisca, antipática y estaba desprovista de sentimientos. Por lo que Thea sabía, las doncellas de la señora Petting-Blowes eran poco menos que esclavas medievales. Además, la fortuna que había permitido la adquisición de tales joyas, heredada de su difunto esposo, tenía un origen muy poco claro.

—Le está bien empleado —murmuró, una vez terminada la lectura del reportaje.

Luego, Thea empezó a pensar en la forma mejor de poder localizar a Dermott Fox el Burlón.

Pero ¿se llamaba realmente Dermott Fox?

De pronto, alguien entró en el hotel. Aunque fingió seguir entretenida en la lectura del periódico, Thea se aplicó a vigilar los pasos del recién llegado, a fin de saber la dirección que tomaba. Como apreciara que se dirigía al bar, dobló el periódico y se puso en pie. Ella también iría al bar.

Días más tarde, Fred Hughes recibió una llamada telefónica.

—Usted está casado con una mujer riquísima, que le pasa diez años y de la que le gustaría librarse, ¿no es así?

Hughes se quedó sin habla. Mil veces había pensado en lo agradable que resultaría quedarse viudo, pero su esposa, a los cuarenta y cinco años, poseía la salud de un roble. En el último chequeo médico, el doctor que atendía personalmente a Dora Hughes le dijo que, con un mínimo de cuidados, podía llegar a centenaria.

Hughes no podía aguardar cincuenta y cinco años para heredar.

—Lo siento —dijo heladamente—. Amo a mi mujer y deseo que viva muchísimos años.

Al otro lado de la línea sonó una risita. Luego, Hughes oyó un «click», indicador de que la comunicación se había cortado.

Una semana más tarde, Hughes volvió a oír la misma voz:

—¿Lo ha pensado bien? ¿No se imagina las cosas que podría hacer, viudo y con una fortuna próxima al millón de libras esterlinas?

—Oiga, yo...

Antes de que Hughes pudiera seguir, la voz se cortó nuevamente.

Hughes se quedó muy preocupado.

Aquella persona, presumiblemente una mujer, le conocía muy bien. Claro que él no había dicho nunca nada acerca de librarse de su esposa..., pero si ella muriese...

Siete días después, volvieron a llamarle.

—Nosotros podemos solucionar su problema, señor Hughes —dijo la desconocida.

Hughes se dio cuenta de que le habían «ablandado» hábilmente, pero no le preocupó demasiado. A medida que transcurrían los días,

el deseo de librarse de su esposa, sin que nadie pudiera relacionarle con el hecho, se hacía más y más fuerte.

—Podríamos estudiar el asunto —respondió cautamente.

—Le llamaremos pasado mañana —dijo la voz.

Dos días más tarde, la desconocida dijo:

—Vaya a la cabina que hay en la esquina de Tyers Street y Black Prince Road. Llame al
6 078 544.

¿Ha anotado el número?

—Sí.

—Bien. Esperamos su llamada dentro de una hora justa.

Hughes acudió al lugar indicado y marcó el número. A los pocos segundos, escuchó la voz que ya conocía:

—A las siete y media en punto estará en el Golden Tree. Es un *pub* situado en Oakley Street. Alguien llamará al señor Anders. Ése será su nombre, ¿entendido?

—Perfectamente.

Hughes consultó el reloj. Apenas eran las seis de la tarde. Pero tres cuartos de hora después, estaba en el Golden Tree.

A las siete y media un camarero voceó:

—Señor Anders, señor Anders...

Hughes levantó una mano.

—Soy yo —dijo.

—Le llaman al teléfono, señor Anders.

Segundos más tarde, Hughes se aplicaba el auricular a la oreja izquierda.

—Hola —dijo.

—Cincuenta mil y todo se hará con absoluta discreción y sin que usted pueda ser culpado en absoluto.

—¿Cómo podré tener garantías...?

—Señor Hughes, no le pediremos nada, sino hasta que haya transcurrido un mes de la muerte de su esposa. Entonces, tendrá las cincuenta mil libras preparadas, y ya le indicaremos nosotros la forma de entregarlas. Pero vamos a hacerle una advertencia. ¿Recuerda a Rob DeWitt?

—Sí.

—También hizo un trato con nosotros. Sin embargo, cuando le llegó la hora de abonar la... minuta de gastos, se negó

rotundamente. No perdonamos el incumplimiento de lo pactado, ¿comprende?

Hughes tragó saliva.

—Pagaré —aseguró.

—Bien, entonces, ya hemos hablado bastante. Haga su vida normal, y no se preocupe de más.

—Escuche, una pregunta —dijo Hughes precisamente, muy despacio.

—¿Sí...?

—¿Cuándo ocurrirá...?

—No se preocupe. Déjelo de cuenta de la Agencia «K». Adiós.

La comunicación se cortó. Hughes se secó el sudor que corría por su frente.

Durante un segundo, sintióse tentado de echarse para atrás. Pero ya no podía.

La Agencia «K» le había atrapado bien. Todas aquellas idas y venidas respondían al objeto de evitar que pudiera localizar a su misteriosa comunicante. Seguramente, ella le había hablado desde alguna cabina pública.

Pero la codicia dominó los restantes impulsos. Sí, su esposa era rica... y además, la odiaba.

Cubierta de joyas, casi de pies a cabeza, la señora Armistead salió de su lujosa residencia y se encaminó hacia el «Rolls» que aguardaba junto a la entrada.

La señora Armistead contaba unos cincuenta años y era viuda. Ahora iba a asistir a una importante gala benéfica. Lo de menos eran los pobres a los que se iban a socorrer; lo realmente interesante era lucirse y ver su fotografía y su nombre en las crónicas mundanas.

La señora Armistead llevaba una diadema de platino y diamantes, un collar de oro y esmeraldas, unos pendientes a juego, varias pulseras y media docena de anillos. Su mal gusto era evidente, y ella lo sabía, pero mentía una especie de morbosa satisfacción en apabullar, con sus joyas, a las demás asistentes a la fiesta.

Un hombre alto y esbelto, correctamente uniformado, mantenía abierta la puerta del «Rolls», mientras que con la otra mano sostenía la gorra del uniforme.

—Oiga, usted no es Martin —dijo la señora Armistead.

—En efecto, señora —contestó el chófer—. Soy Edgar, su hermano. Martin ha tenido que salir urgentemente para ver a su suegra, gravemente enferma, y me ha pedido que le sustituya durante unos días. Es decir, si la señora no tiene inconveniente...

La señora Armistead entornó los ojos. Aquel chófer era muy guapo, pensó. Y ella, aunque madura, sentía a veces la imperiosa necesidad de un poco de afecto. Pese a su edad, los continuos cuidados estéticos la hacían aparentar diez años menos. Mucha gimnasia, una dieta equilibrada, sauna, masajes...

Kitty Armistead sonrió.

—Bien, Edgar, lamento mucho la enfermedad de la suegra de Martin —dijo—. ¿Ya sabe adónde he de ir esta noche?

—Sí, señora.

Ella entró en el coche, y Edgar se situó tras el volante. La señora Armistead se arrellanó en el asiento, ignorante de que la suegra de su chófer disfrutaba de una salud a prueba de bombas.

También ignoraba que Martin se hallaba en el rincón más oscuro del jardín que rodeaba a la residencia, profundamente dormido y, por si fuese poco, atado y amordazado.

Media hora más tarde, el «Rolls» derivó hacia un camino sombrío. Casi en el mismo instante, la señora Armistead notó un olor dulzón en el interior del coche.

A los pocos segundos, dormía profundamente.

Entonces, el chófer paró a un lado del camino y se apeó. Abrió la portezuela trasera, y empezó a limpiar de joyas a la señora Armistead.

La luz del techo del vehículo era suficiente para que Fox trazase su marca en el centro del amplio escote de Kitty Armistead. Las joyas estaban ya a buen recaudo, en la bolsa de terciopelo que solía llevar consigo.

Un poco más adelante, había un «Mini» parado. Fox se quitó la gorra y la chaqueta de uniforme, que arrojó al asiento posterior. También se quitó el bigote postizo. Luego, silbando alegremente, puso el motor en marcha, viró en redondo y emprendió el camino de vuelta a Londres.

Al pasar junto al «Rolls», no pudo contener una burlona exclamación:

—¡Felices sueños!

Thea Welles leyó, al día siguiente, en el Evening, el relato del robo de joyas.

—Un nuevo golpe de el Burlón —exclamó, sin poder contenerse.

El valor de las joyas robadas superaba las ciento diez mil libras esterlinas.

Thea silbó.

—¿Qué hará ese hombre con tanto dinero?

Pero luego se preguntó cómo se las arreglaría Fox para vender las joyas. Porque si no las vendía, ¿de qué le servía robarlas?

A menos que fuese una especie de maniático, que disfrutase contemplando el botín...

De pronto, se le ocurrió una idea.

Buscó en la guía. Sí, allí estaba: Dermott Fox, Old Church, 214.

—¡Qué descaró! Ni siquiera oculta su verdadero nombre —dijo, escandalizada.

De repente, sonó el teléfono.

Thea alargó la mano.

—¿Sí?

—Hola —dijo una voz—. Soy Elynor.

—Ah, señorita Barries. ¿Desea algo?

—Por supuesto. Venga a la oficina; tengo que encomendarle un trabajo.

—Muy bien, iré en seguida.

Media hora más tarde, Thea se detenía ante una puerta, en la que podía leerse un rótulo: «Barries, investigators». Nadie conocía la realidad de la agencia hasta que penetraba en ella.

Una encantadora morena, de unos veintisiete años, salió a recibirla.

—Hola, Thea —saludó.

—¿Qué tal, Lucy? Su hermana me ha llamado...

—Ahora está en conferencia con Peggy. Aguarde un momento, por favor.

Peggy era otra de las hermanas Barries. Thea no acababa de creer que tres mujeres, las tres jóvenes y sumamente atractivas, se hubieran dedicado a la nada agradable profesión de detectives privados.

Pero era así, y obtenían bastantes éxitos.

Elynor, la mayor de todas y directora de la agencia, se lo había explicado, el día en que la contrataron.

—Por regla general, la gente no sospecha de un detective privado que sea mujer, y de bonita presencia. Todo el mundo piensa que un detective privado ha de ser un hombre gordo y medio calvo, con los pies deshechos, y el que tiene algo que ocultar y sospecha que puede ser seguido, no recela jamás de una muchacha encantadora, que está en sus inmediateces.

Era una explicación muy sensata y, aparte de ello, el sueldo era excelente, por lo que Thea había aceptado el empleo, sin más. A veces, el trabajo resultaba fatigoso, no por duro, sino por las horas que era preciso perder detrás de una persona. Pero también le permitía una notable independencia, cosa que ella apreciaba muchísimo.

Al cabo de un rato, la puerta del despacho se abrió, y salió una encantadora joven, rubia, de ojos azules y aspecto casi etéreo, con un fajo de papeles en la mano.

—Hola, Thea —saludó—. Pase, por favor; Elynor la está aguardando.

Elynor andaba por los treinta años, y tenía una figura opulenta. El pelo era rojizo y los ojos verdosos. Thea se figuraba que Elynor debía de tener un gran atractivo para los hombres, aunque jamás se le había ocurrido formular el menor comentario al respecto.

La directora de la agencia ofreció un cigarrillo a su empleada y encendió otro. Luego dijo:

—El objetivo, esta vez, es Milton Crimm. —Alargó una cuartilla—. Aquí tiene los detalles más esenciales, Thea.

—¿Alguna cosa en particular?

—No, lo corriente. Informe en cuanto sepa algo.

—Sí, señora.

Elynor sonrió.

—Estamos muy contentos de usted, Thea. Hace su trabajo a conciencia, y eso es siempre muy importante —dijo.

CAPÍTULO III

La señora Hughes murió cierto día en que iba a visitar a una amiga en el campo. Su esposo estaba en el despacho, y había quedado que al día siguiente iría a reunirse con ella.

En el camino, un bandido asaltó a la señora Hughes y la mató de dos tiros, robándole a continuación el bolso, en el que había cincuenta o sesenta libras, un reloj de oro, un collar de oro, un collar de perlas y un par de pendientes, que eran también dos perlas. El crimen fue descubierto por el esposo de la amiga de la señora Hughes, que había salido a buscarla, alarmados por su tardanza, ya que la víctima había anunciado su visita, desde Londres.

Thea leyó la noticia de la muerte de la señora Hughes, y lo lamentó sinceramente. Era curioso, se dijo; meses antes, había vigilado al señor Hughes, de quién se sospechaba tenía una amante. La vigilancia, sin embargo, no había dado resultados.

Si el señor Hughes tenía una amante, era indudable que lo hacía muy bien. O quizá Thea no era tan buena investigadora como había llegado a pensar en un principio.

Pero el suceso se borró bien pronto de su mente. Ahora estaba muy ocupada con Milton Crimm.

Al atardecer de aquel día, Milton Crimm regresó a su casa. Thea sabía ya lo suficiente del individuo para imaginarse que no volvería a salir hasta el día siguiente. Por tanto, buscó una cabina telefónica, llamó a la oficina y emitió su informe. Probablemente las tres hermanas Barries se habrían ido ya, pero sus palabras quedarían grabadas en cinta.

La jornada de trabajo podía darse por terminada. De pronto, sin saber por qué, Thea se acordó de Dermott Fox.

Obedeciendo a un impulso irresistible, Thea subió a su coche y tomó el rumbo de Old Church. Una hora más tarde, se apeaba del

vehículo.

Desde la acera, contempló el edificio. Era más bien corriente, pero ella sabía que no se podía fiar demasiado de la fachada. En el vestíbulo encontró el indicador que le permitió llegar al piso donde Fox tenía su apartamento.

Llamó a la puerta. Un rostro simpático, agradable, apareció, segundos después, ante sus ojos.

—¡Caramba! —exclamó Fox—. Me siento pasmado.

—Hola, Burlón —dijo Thea.

Fox sonrió.

—¿Le gusta el apodo?

—No me gusta lo que hace.

—Menos me gusta a mí lo que hace usted, y no la critico, sino que me permito invitarla a pasar y tomar una copa en mi compañía.

Thea vaciló. Ahora que ya estaba en la casa, se preguntó si debía aceptar la propuesta del joven.

—No tema —dijo él—. No soy un hombre gordo, calvo, sudoroso y rico. Cuando es preciso, soy un caballero.

Thea cruzó el umbral. La casa estaba puesta con mucho gusto, apreció.

—Se ve que el oficio da para vivir bien —comentó.

—Al menos, no me hospedo en hoteles caros —respondió Fox.

Thea comprendió la indirecta.

—Está equivocado conmigo, Dermott —dijo.

—¿De veras? Oiga, yo soy muy liberal, Thea. Puedo decir que no me gusta lo que hace usted, pero eso no significa que la vaya a atar de pies y manos, ni a largarle un sermón acerca de las consecuencias de una vida de disipación.

—Con lo cual quiere decirme que yo tampoco debo criticar lo que hace usted.

—Exactamente. —Fox ofreció una copa a la muchacha—. ¿Por qué está de pie?

Thea se sentó en un diván. Fox lo hizo en un butacón situado enfrente.

—Confieso que he recibido una de las mayores sorpresas de mi vida —manifestó—. ¿Cómo se le ha ocurrido venir a visitarme?

—Leí el otro día el robo de las joyas de Kitty Armistead. Fue un golpe muy inteligente, todo hay que decirlo.

—Gracias. Costó bastante planearlo, pero salió redondo.

—Se hizo pasar por el chófer.

Fox sonrió.

—La señora Armistead es muy rica, madura y ardiente. Vio a un hombre guapo, y ya no pensó en nada más.

—Ah, tenía intención de conquistarla.

—Sí, ella pensaba conquistarme a mí.

—Sí, suele suceder con algunas mujeres ricas y maduras. ¿Acaso estaba cansada del otro chófer?

—No, lo que sucede es que Martin está casado y, además, es un hombre virtuoso.

—Usted dijo que era su hermano...

—Hombre, no iba a decir que era el Burlón y que iba a robarle las joyas.

De pronto, Thea dejó la copa a un lado y se inclinó hacia delante.

—Dermott, dígame, ¿qué hace usted con las joyas? —preguntó.

—Querida, ésa es una pregunta a la cual no pienso responder, por ahora —dijo él, muy serio—. ¿No tiene bastante con el anillo que le regalé?

—Lo tengo en casa, no lo he llegado a usar siquiera.

—Lástima, luciría muy bien en su mano.

—Si me lo vieran puesto, podrían detenerme.

—Úselo sin miedo. Es bueno, pero hay docenas de anillos iguales.

—Conoce el paño, ¿eh?

Fox se echó a reír.

—Un poco —admitió.

—Y no teme que le denuncie.

—Si quisiera denunciarme, ya lo habría hecho hace muchísimo tiempo. Pero ¿qué habría conseguido con ello?

—Pues castigar a un delincuente...

La mano del joven se movió en un amplio semicírculo.

—Le autorizo a que registre la casa. No encontrará absolutamente nada que pueda comprometerme —dijo.

—La policía podría preguntarle por sus medios de vida.

—Soy rico. Tengo mía renta, que me permite vivir sin trabajar.

—¡Cínico!

—Qué quiere, la vida es así. Oiga, Thea, no se lo tome tan por la tremenda. No robo bancos ni oficinas, ni asalto trenes... Lo único que hago es aliviar de preocupaciones a damas ricas, eso es todo.

—Sigue siendo un cínico de marca. Pero también es simpático.

—Gracias. Viniendo de usted, es un elogio doblemente apreciado.

Fox entrecerró los ojos.

—Estaba pensando... —añadió.

—No piense demasiado o tendrá que tomar aspirina después —dijo Thea burlonamente.

—A veces, he necesitado un ayudante, pero no me he atrevido a buscar uno, porque no encuentro ninguno de confianza.

Thea se alarmó.

—Si piensa que yo puedo ser ese ayudante, olvídelo —exclamó precipitadamente.

—¿Por qué no? Sí, ya sé que robar joyas es un delito..., pero piense en las propietarias de esas joyas. ¿De dónde salió el dinero que sirvió para comprarlas?

—Vamos, Dermott, no me venga ahora con preocupaciones sociales. El origen de esas fortunas le trae a usted sin cuidado.

—Sólo hasta cierto punto, Thea.

—Pero ¿es que va a hacerme creer que vende las joyas, y que entrega el dinero a los pobres? —exclamó ella, indignada.

—Thea, voy a pedirle un favor.

—No sé...

—Dejemos el tema a un lado. ¿Piensa denunciarme a la policía?

—Si no van a encontrar pruebas, ¿para qué?

—¡Magnífico! Entonces, vamos a cenar juntos.

Ella respingó.

—Yo, cenar con un ladrón...

Fox se puso serio.

—Esperaré veinticinco años. Entonces, seré un tipo medio calvo, gordo, sudoroso y jadeante. ¿Quién sabe si entonces haré que una chica como usted tome una habitación en el Palladium?

Thea se puso en pie, se acercó al joven y le asestó una bofetada.

—No le denunciaré, pero no vuelva a dirigirme la palabra —exclamó.

Fox se frotó la mejilla con la mano.

—Deberíamos recordar que ha sido usted quien ha venido a visitarme y no a la inversa —dijo.

—Es verdad. —Thea se mordió los labios—. Perdóneme, estoy un poco nerviosa...

—¿Acaso debe ir esta noche, otra vez, al Palladium?

—¡Dermott! Yo no fui allí para lo que se imagina —gritó ella.

—Entonces, ¿por qué no es sincera conmigo?

—Está bien. Se lo diré, si me promete guardar el secreto.

—Lo juro —dijo Fox, a la vez que levantaba solemnemente la mano derecha.

—Tenía que vigilar a un hombre. Soy detective privado.

—¡Atiza!

Thea vio que Fox se había quedado con la boca abierta.

—Lo crea o no, así es —confirmó, de mala gana.

Inesperadamente, Fox saltó hacia ella y la abrazó. Antes de que Thea pudiera reponerse de la sorpresa, se sintió besada con gran ardor.

—Pero, Dermott...

Fox continuaba teniéndola en sus brazos.

—No sabes la alegría que me das —dijo—. ¿Vamos a celebrarlo con una cena por todo lo alto?

—Lo haré, con una condición.

—¿Sí?

—Prométeme que no cometerás más robos de joyas.

Fox se separó de la joven.

—Lo siento —dijo.

—Dermott, sólo te he visto en una ocasión..., pero me resultas muy simpático. Por favor, déjalo.

—Sospecho que voy a cenar sólo esta noche.

—Sí.

Thea se dirigió hacia la puerta. Antes de abrir, se volvió hacia el joven.

—Es una lástima, Dermott —murmuró.

Fox guardó un hosco silencio. Thea lanzó un hondo suspiro, abrió y salió al pasillo.

Al quedarse solo, Fox se sirvió una copa y la vació de un trago. Luego se encogió de hombros.

—Tengo que estudiar mi nuevo golpe —se dijo.

El hombre se paseaba lentamente por Hyde Park. Había anochecido ya, pero la temperatura era muy agradable e invitaba a disfrutar del ambiente.

Lentamente, atravesó el puente sobre el lago Serpentine, y siguió andando por uno de los caminos que conducían a Kensington Gardens. De pronto, una figura oscura le cerró el paso.

—Hola, Hughes.

El paseante se detuvo en el acto.

—¿Agencia «K»? —dijo.

—Sí.

—Traigo el dinero.

—Muy bien. Démelo.

Un paquete cambió de manos. Hughes apreció que se hallaba ante una mujer, con ropas de hombre. La longitud del pelo no importaba, pensó; con la moda actual, nunca se sabía...

Hughes llevaba en la mano derecha un bastón estoque. Antes de salir de paseo, lo había limpiado cuidadosamente, ya con las manos enguantadas. Desde lejos llegaba tenuemente la luz de un farol.

La mujer parecía muy ocupada en comprobar si el paquete contenía el dinero. De pronto, Hughes desenfundó el estoque.

Entonces, sintió un vivo pinchazo en la espalda. Sorprendido, se volvió, pero no consiguió ver a nadie.

Al girar de nuevo, apreció que la mujer había desaparecido. Entonces, sintió una extraña debilidad en las piernas, y empezó a caer hacia adelante.

Una extraña opresión le impedía respirar. Jadeó, en busca de aire, y quiso gritar en demanda de ayuda, pero no consiguió emitir una sola palabra.

Hughes lloró de rabia. Por ahorrarse cincuenta mil libras, lo iba a perder todo.

Hasta la vida.

Así, rígido, inmóvil, con el estoque todavía en la mano, lo encontró más tarde un policía que hacía la ronda por Kensington Gardens.

CAPÍTULO IV

Dermott Fox leyó la noticia al día siguiente, pero no le concedió la menor importancia. Estaba preparando el próximo golpe del Burlón, y debía concentrarse en los menores detalles, a fin de evitar el fracaso.

Mientras tanto, Thea continuaba vigilando a Milton Crimm. El trabajo era bastante aburrido, pero estaba bien remunerado. No se podía quejar de su suerte; Elynor Barries, además de hermosa, era amable y muy considerada con ella, lo mismo que las otras dos hermanas.

Cuatro semanas más tarde, Fox creyó llegado el momento de actuar.

Cuando se disponía a salir de casa, vio parado un coche en la acera del lado opuesto.

Fox arrugó el entrecejo. Era la tercera vez que veía el mismo coche en pocos días.

El hecho le hizo sentirse súbitamente receloso. Volvió al interior de su departamento y tomó unos prismáticos. El coche, si bien en la otra acera, se hallaba perfectamente situado, oblicuamente con respecto a su posición, por lo que podía ver perfectamente el interior del mismo a través del parabrisas.

Había una mujer sentada tras el volante, retocándose los labios con aire displicente. Por un momento, llegó a pensar que se trataría de Thea, pero muy pronto sintió un gran alivio, al comprobar que era una desconocida.

Sin embargo, no se sentía del todo tranquilo. La policía empleaba muchos trucos para vigilar a una persona sospechosa.

Aquella chica podía ser un agente de la rama femenina de Scotland Yard. Aunque también cabía pensar en alguna agencia de detectives privados.

De pronto, vio que la joven ponía en marcha el motor, y que

hacía arrancar el vehículo. A precaución, Fox aguardó casi diez minutos más. Luego, seguro de que no iba a ser seguido, abandonó la casa.

Media hora más tarde, una mujer todavía joven, vestida con cofia y bata blanca, le abrió la puerta.

—¿Sí?

—Soy Hampton, representante de la Medical Gazette —dijo Fox con todo desparpajo—. ¿Puedo ver al doctor Stevenson?

—Lo siento —contestó la enfermera con frialdad—. El doctor no recibe sin haber concertado previamente una cita. Si desea que anote su nombre y su teléfono, le llamaré...

—Qué lástima —dijo Fox, simulando resignación—. Señorita, al menos, permítame que anote esta visita, para tenerla en cuenta en mi agenda.

—Sí, claro.

Fox llevaba en la mano un maletín tipo ejecutivo. Sacó un lápiz, pero en lugar de tomar notas, lo que hizo fue apuntar con él a la enfermera. La mujer tosió y se tambaleó. Fox la cogió en brazos antes de que cayera al suelo.

Acto seguido, cruzó la antesala y se asomó al despacho.

—¿Doctor Stevenson?

Un hombre, ataviado con bata blanca, le miró con frialdad, a través de los cristales de sus gafas de gruesa montura negra.

—No me explico cómo la señora Brannigan le ha dejado pasar —dijo.

Sonriendo, afablemente, Fox cruzó el despacho.

—La señora Brannigan ha dicho que usted podría concederme un minuto, doctor —mintió descaradamente—. ¿Le importa que fume?

Stevenson hizo un gesto de enojo.

—Estoy esperando a una cliente...

El médico empezó a toser segundos después, cuando un chorro de gas le dio en pleno rostro. Dos minutos más tarde, el médico y su enfermera, convenientemente narcotizados, yacían en el suelo del baño contiguo.

A continuación, Fox abrió el maletín y extrajo una bata blanca, que se puso rápidamente. Sus ojos quedaron detrás de unas grandes gafas, ligeramente coloreadas, mientras que su labio superior

quedaba cubierto por un mostacho digno de un granadero.

Apenas había terminado de transformarse, oyó el timbre de la puerta. Carraspeó ligeramente, compuso el gesto y salió del despacho.

—¿Cómo está, señora Covington? —saludó.

La recién llegada le miró fríamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Hampton, ayudante principal del doctor Stevenson —respondió Fox—. Tenga la bondad de pasar, señora.

—Yo creí que el doctor...

—Ha tenido que salir urgentemente a visitar a una cliente que sufre graves trastornos psíquicos, a consecuencia de una maternidad frustrada. El esposo de la paciente es íntimo amigo del doctor Stevenson, y le rogó que fuese a atenderla.

—Oh, comprendo —sonrió la señora Covington.

—Por tanto, mi jefe me ha rogado que la atienda a usted. El doctor Stevenson dejó listo un pequeño interrogatorio, que yo leeré, anotando sus respuestas para que él las pueda estudiar, a su regreso. ¿Tiene la bondad de pasar al despacho, señora?

—Sí, pero... no veo a Millie, la enfermera...

—Está con el doctor, señora Covington. Por favor, pase.

La cliente era bastante voluminosa, y contaba cincuenta y tantos años. Fox la condujo al despacho y la hizo tenderse en el diván, donde relataba sus cuitas al psiquiatra.

—Bien, señora Covington, vamos a empezar —sonrió Fox, ya con una pluma y un gran cuaderno en la mano—. Tengo entendido que el doctor Stevenson le indicó la conveniencia de traer sus joyas.

—Pues, sí..., aunque no entiendo qué tiene que ver esto con mi situación psíquica...

—Todo es necesario, señora —dijo el fingido médico, con aire muy profesional—. El doctor Stevenson quiere conocerla a usted a fondo. El doctor sabe que a usted le gustan mucho las joyas y, en la conversación que hemos sostenido esta misma tarde, dijo que era muy probable que esa afición pueda haber provocado ciertos síndromes de ansiedad, que es preciso eliminar. Por favor, señora Covington, relájese... —Fox lanzó una risita—. No irá a pensar usted que soy un ladrón que pretende robarla.

Ella rió también, halagada por el hecho de haber sido recibida

por un hombre mucho más joven y apuesto que el gruñón Stevenson.

—Confío en usted plenamente, querido —declaró remilgadamente.

Fox tosió. «Foca sudorosa», apostrofó en silencio a la mujer.

—Mil gracias, señora Covington. Y, dígame, ¿cuándo se desarrolló en usted esa afición a las joyas?

—Hombre, en cuanto mi esposo empezó a ganar «pasta» en abundancia —respondió ella desenvueltamente.

—Lógico. Si su marido no ganase dinero, usted no podría tener joyas, a menos que las robase. Pero no es una ladrona... Relájese, por favor, cierre los ojos, inspire con fuerza...

Un chorro de gas fue a parar a la nariz de la paciente, que se agitó un poco.

—¿Qué es esto, doctor?

Fox guardó silencio. Ella abrió los ojos un poco, pero los cerró cinco segundos más tarde.

Entonces, Fox empezó su tarea.

La señora Covington llevaba bastantes joyas en un bolso, además de un collar de perlas de tres vueltas, una pulsera de diamantes y platino, de casi diez centímetros de ancha, dos anillos que valían un fortunón y un par de pendientes, cuyo peso y dimensiones amenazaban con rasgar los lóbulos de las orejas de las que colgaban.

Dada la ocasión, el vestido de la señora Covington no era exageradamente escotado, pero Fox encontró sitio entre la papada y el nacimiento de un pecho descomunal. La señora Covington, naturalmente, ni se enteró; dormía como un angelito.

Thea leyó la noticia al día siguiente, y se sintió poseída por una terrible indignación.

—Habrase visto desvergüenza... —dijo, sin darse cuenta de que estaba sola.

Según el relato del periodista, tomado directamente en el lugar del suceso, el conocido ladrón de joyas apodado el Burlón, había narcotizado al doctor Stevenson y a su enfermera, encerrándolos en el cuarto de baño. Luego, simulando ser ayudante del psiquiatra, había recibido a la señora Covington, narcotizándola asimismo, para despojarla de sus joyas. El ladrón, antes de abandonar el

consultorio del doctor Stevenson, había dejado su firma en el lugar acostumbrado.

El valor de las joyas robadas se acercaba mucho a las cien mil libras esterlinas.

—Este hombre se está «forrando» —dijo Thea a media voz—. En tres golpes, ha conseguido ya trescientas mil libras esterlinas...

De pronto, se acordó del anillo con el rubí que Fox le había regalado. Sintióse incómoda, y decidió devolverlo.

—Al menos, no me haré cómplice de sus robos —arguyó, mientras se disponía a salir de casa.

Claro que, si no lo denunciaba a la policía, también podía considerarse cómplice del Burlón, pero tenía el presentimiento de que Fox no era un ladrón vulgar.

Algo le impulsaba a robar las joyas. Nunca se había oído hablar que el Burlón hubiese asaltado un Banco o robado una importante suma de dinero. Sólo le importaban las joyas, exclusivamente las joyas.

¿Por qué?, se preguntó, mientras conducía por King's Road en dirección a la calle Old Church.

En aquel momento, Fox, vestido solamente con una bata corta, salía del baño, frotándose el pelo con una toalla. Acababa de sonar el teléfono, y maldecía entre dientes al importuno.

Levantó el aparato.

—Fox —dijo.

—Hola —sonó una voz desconocida. Parecía de mujer, aunque no hubiera podido asegurarlo—. ¿Le interesaría quedarse viudo?

El joven respingó.

—¿Cómo? —exclamó.

A través del hilo, se oyó una risita.

—Sí, le gustaría quedarse viudo. Bien, ya le llamaré en otra ocasión, señor Fox.

La comunicación se cortó. Fox contempló el teléfono, con aire perplejo.

—En este mundo no faltan los chiflados —rezongó, mientras emprendía el viaje de vuelta al cuarto de baño.

Media hora más tarde, cuando estaba sirviéndose una dosis de escocés en un vaso alto, sonó el timbre de la puerta.

Abrió. La encantadora muchacha que estaba en el umbral, con un periódico doblado en las manos, le miró con aire reprobador.

—No, no me digas nada. Has leído los periódicos —exclamó.

Thea asintió.

—Un golpe bien planeado y mejor ejecutado, es preciso admitirlo —manifestó.

—Gracias por el elogio. ¿Quieres pasar o viene detrás de ti algún sabueso del Yard?

—Debo de estar loca, porque no te he denunciado a la policía —dijo ella, mientras cruzaba el umbral.

—Recuerda que te dije que no encontrarían pruebas de ninguna clase. Yo iba a tomar un *whisky*. ¿Te gusta el oporto? ¿O prefieres jerez?

—Jerez, gracias.

—Está bien. Siéntate. A propósito, ¿cómo van tus trabajos detectivescos?

—No puedo quejarme. Ahora he terminado una información, y mi jefa me ha dado una semana de descanso.

—Has dicho tu jefa...

—Sí, la agencia está dirigida por una mujer, muy guapa, todo sea dicho. En realidad, es propiedad de tres hermanas, ninguna de ellas fea.

—Así debe dar gusto trabajar —sonrió Fox, mientras entregaba una copa a la muchacha—. ¿Cómo fuiste a parar a esa agencia?

—Leí un anuncio, estaba aburrida del horario fijo de una oficina, y el sueldo era mucho mejor... Solicité la plaza y me aceptaron.

—No está mal. Thea, supongo que no te habrás dedicado a investigar mis andanzas.

Ella le miró por encima de la copa.

—No sería mala idea —convino.

—¿Trabaja tu jefa para alguna compañía de seguros?

—No lo sé. Ella me encomienda una tarea, yo la realizo, emito mis informes, y eso es todo.

—Apostaría algo a que vigilas a maridos infieles o algo por el estilo.

—Eso parece —sonrió Thea.

—Sí, es el gran negocio de las agencias de detectives. Se arruinarían si todos los esposos se vieran atacados, de repente, por

el virus de la fidelidad a sus respectivos cónyuges. De ambos sexos, por supuesto.

—Tienes un sentido del humor realmente magnífico. Si no fueses un ladrón, resultarías un hombre maravilloso.

—No hables así; me están entrando ganas de besarte —rió Fox.

—Ni lo intentes. Después de que ingresé en la agencia Barries, se me ocurrió tomar lecciones de defensa personal, ya sabes, judo, karate y demás.

Fox se pasó la mano por la mejilla.

—A veces, me parece que todavía me duele —dijo—. De modo que estás de vacaciones.

—En efecto.

—A mí también me convendrían unos días de descanso. ¿Por qué no vamos a la región de los lagos, preciosa?

Thea le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Te crees un donjuán? —preguntó.

—Modestamente, tengo cierto atractivo para las mujeres. Bien, ¿qué me contestas?

Ella meditó un instante.

—Puede que sea una locura, pero acepto —contestó al cabo.

—¡Bravo! —gritó él.

—Pero con una condición, Dermott.

—Aceptada, preciosa.

—No quiero que vuelvas a robar más, ¿me entiendes...?

Fox se puso serio.

—Thea, acabas de pedirme lo único que no te puedo conceder —declaró.

—En tal caso, será mejor que me olvides. Dermott, sinceramente, te aprecio muchísimo. Creo, incluso que, si llegase a tratarte con más profundidad, acabaría por enamorarme de ti. Aunque no conozca las razones que te han impulsado a convertirte en un ladrón, podría disculparlo, si tuviera la plena seguridad de que vas a abandonar esa carrera. Pero puesto que tú mismo dices que no quieres, será mejor que nos despidamos..., no puedo decir como buenos amigos —concluyó ella melancólicamente.

—Lo siento —dijo el joven, con los labios muy prietos.

—Puedes estar seguro de que no te denunciaré. A fin de cuentas, has robado a mujeres ricas y ociosas, que no han perdido

demasiado; pero no querría unirme a un hombre, sin tener la seguridad de que va a estar a mi lado todos los días de nuestra vida. No quiero ir a visitarte un día a la cárcel, ¿lo entiendes?

Fox asintió.

—Te explicas con meridiana claridad, y eso es siempre de agradecer —contestó.

Thea se dirigió hacia la puerta. De pronto, pareció recordar algo.

Abrió el bolso, y sacó un objeto, que dejó sobre una consola próxima a la entrada.

—No puedo aceptarlo —murmuró—. Adiós, Dermott.

La puerta se cerró silenciosamente. Fox contempló el brillo de aquella piedra roja, que destacaba enormemente sobre el blanco mármol de la consola.

—Lástima —dijo a media voz—. La única chica que me gustaba... y ha tenido que averiguar mi secreto.

Se acercó a la consola, cogió el anillo y lo hizo saltar en la palma de la mano. Al cabo de unos instantes, se encogió de hombros.

—Es preciso continuar. El Burlón no ha terminado todavía su tarea.

CAPÍTULO V

Obedeciendo las instrucciones que había recibido, Milton Crimm acudió a un *pub*, cuyo nombre era The Joy Hunter. En la muestra, se veía pintado un hombre grueso, de rebosante cintura, con atuendo de cazador, riendo desaforadamente. Después de probar el *whisky* que le sirvieron, Crimm pensó que el cazador no se sentiría tan alegre si fuese de carne y hueso, y tuviese que acudir a aquel local a saciar su sed.

Un cuarto de hora después de su llegada, uno de los camareros gritó:

—Llaman al señor Blacksmith... Llaman al señor Blacksmith...

Crimm alzó su mano.

—Soy Blacksmith, muchacho —dijo.

—El teléfono está al fondo, señor. Gracias, señor —dijo el camarero, al aceptar la media corona que Crimm ponía en su mano.

Crimm se encerró en la cabina.

—Hola —dijo.

—¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Antes de seguir adelante, le diré una cosa, señor Crimm. Tal vez haya oído hablar de las muertes de Rob DeWitt y de Fred Hughes. El primero se negó a pagar. El segundo quiso engañarnos. Si nosotros cumplimos un trato, exigimos de los demás cumplan también su parte.

Crimm tragó saliva. Sí, había oído hablar de aquellas dos muertes misteriosas. El asesino no había sido descubierto todavía...

—La Agencia «K» —siguió la voz—, es absolutamente efectiva, en todos los sentidos, téngalo bien en cuenta, señor Crimm.

—No lo olvidaré, se lo aseguro.

—Resultará muy conveniente para su salud. A su debido tiempo, le informaremos del día y el lugar en que debe entregar la cantidad

convenida. Buenas noches.

Cuando colgó el teléfono, Crimm sudaba. Con un pañuelo, se limpió las manos y la frente. Luego, dándose cuenta de que estaba en un lugar público, salió de la cabina y abombó el pecho.

Una agradable viudez le esperaba. Sí, qué diablos, pagaría; no quería correr la suerte de DeWitt y de Hughes. El trabajo le iba a costar setenta y cinco mil libras..., pero todavía le quedaría medio millón limpio, para disfrutar de la existencia.

El coche rodaba a moderada velocidad por la carretera, cuando, de repente, su conductora vio a un hombre que le hacía señas de que parase. Edna Crimm quitó el pie del acelerador, y empezó a arrimarse a la cuneta.

En el momento en que paraba el coche, una mano enguantada abrió la portezuela con gran brusquedad. Edna empezó a chillar.

A un palmo de distancia, un revólver emitió dos fogonazos. Edna Crimm se convulsionó horriblemente. Un tercer balazo, dirigido ahora a la frente, acabó con sus movimientos.

La enguantada mano del asaltante agarró un valioso collar y tiró de él con fuerza. Arrancó también el reloj de oro y se apoderó del bolso, cuyo contenido esparció rápidamente por el suelo. Una billetera, con doscientas libras, pasó a su poder.

En el instante, cuando el asesino estaba todavía agachado, apareció un coche por la próxima curva.

Dermott Fox iba al volante, y parpadeó de asombro al contemplar la escena. Por puro instinto, empezó a frenar, dándose cuenta de que estaba siendo testigo de un asalto.

El asesino se enderezó, cuando el coche de Fox estaba a quince pasos de distancia. El revólver apareció de nuevo en su mano.

Fox lanzó una maldición, y se agachó en el asiento, justo en el momento en que tres balas hacían volar el parabrisas en mil pedazos. Encogido sobre sí mismo, Fox empezó a abrir la portezuela opuesta, a fin de escurrirse fuera del coche y poder escapar, aprovechándose de la espesura del bosque cercano.

Para asombro suyo, no hubo más disparos. Al cabo de un rato, se arriesgó a asomar la cabeza.

El asesino había desaparecido. Fox respiró, aliviado.

—Me he librado de una buena —murmuró, mientras se acercaba al otro coche.

Al acercarse, Fox presenció un espectáculo horrible. Casi sintió deseos de vomitar. La mujer estaba llena de sangre, y en su sien derecha se veía el negro orificio del tiro de gracia.

De pronto, Fox oyó el ruido de un motor. Saltó al centro de la carretera y agitó los brazos. El camión de reparto se paró a pocos pasos del lugar en que se hallaba.

—¿Qué sucede, amigo? —preguntó el conductor—. ¿Se le ha averiado el coche?

—Peor —contestó Fox—. Alguien ha asesinado a esa pobre mujer. Vaya al pueblo más próximo y avise a la policía. Yo aguardaré aquí.

El chófer del camión lanzó un vistazo hacia el automóvil de la señora Crimm y se estremeció.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Vaya carnicería...

—Dese prisa, hombre —rezongó Fox—. Todavía no hace ni cinco minutos que el asesino destrozó el parabrisas de mi coche a tiros. Es posible que ande por allí...

El camión arrancó de inmediato. Con manos todavía temblorosas, Fox encendió un cigarrillo. Realmente, había pasado un mal rato.

El teléfono sonó inesperadamente. Fox levantó el aparato, y pronunció su nombre.

—Hola —dijo la voz—. ¿Ha meditado en lo que le sugerí hace una semana? Piénselo bien. Recuerde el refrán: «Más vale sólo que mal acompañado»... y la compañía de su gorda, vieja y rica esposa no es nada agradable, ¿verdad?

La comunicación se cortó. Fox miró el teléfono con aire perplejo.

—Pero ¿qué diablos...?

De pronto, llamaron a la puerta.

Fox dejó el aparato en la horquilla, y se dirigió hacia la entrada.

—El Burlón se ha estado quieto últimamente —sonrió.

—¿Seguro? —dijo Thea.

—¿Quieres que te lo jure? Vamos, alegra esa cara tan bonita, y entra a tomar una copa conmigo.

Thea le arrojó el periódico.

—He leído la noticia —manifestó.

—Thea, si alguien ha robado, aprovechándose de mi fama...

—Además de robar, mató a una mujer.

Fox abrió una boca de a palmo.

—¡Pero, Thea...! —exclamó—. ¿Estás pensando que ahora el Burlón se dedica a asaltar por las carreteras del país?

—Ahí lo dice, ¿no? —El periódico estaba en las manos del joven, y ella se lo quitó, para golpear con el índice el lugar en donde aparecía impresa la noticia—. Un hombre llamado Dermott Fox fue encontrado junto al cadáver de la víctima, la cual había sido despojada de cuanto llevaba de valor...

—Estás loca, Thea —barbotó él—. Yo llegué cuando el ladrón estaba consumando el despojo. Disparó tres veces contra mí, y no me mató por milagro. El parabrisas de mi coche saltó en mil pedazos. Las balas se han encontrado en el interior del automóvil, y están en poder de la policía, que las va a comparar, no sólo con las que causaron la muerte de la señora Crimm, sino con las que hirieron mortalmente a la señora Hughes. Jamás he usado un arma, por otra parte, de modo que no se me puede acusar de algo que no he hecho. ¿O estaría aquí, si tuviesen la menor sospecha hacia mí?

—Pero a la señora Crimm le fueron robadas algunas joyas...

—En total, cuatro o cinco mil libras. Thea, usa el cerebro. Yo no me molesto por una fruslería semejante. Además, hago las cosas con mucha más gracia. Ninguna de mis víctimas ha sufrido el menor daño físico. Y, por último, no conocía a la señora Crimm ni jamás la había visto en mi vida.

—Tampoco a las otras, creo.

Fox sonrió enigmáticamente.

—Quizá sí, quizá no... ¿Quieres una copa, Sherlock Holmes con faldas?

—Ahora llevo pantalones —contestó Thea, de mala gana.

Fox la miró de pies a cabeza. Ella vestía un traje casi hombruno, pero de corte muy elegante, y sin que la indumentaria restase un ápice de su atractivo a una figura escultural.

—Está bien, pero, de todos modos, no me siento muy convencida —rezongó la joven.

—La policía tiene mi domicilio. No he intentado esconderme en ningún momento. Presté toda la ayuda posible, como debe hacer cualquier ciudadano, a los agentes que llegaron primero al lugar del suceso. Declaré cuánto sabía. Dejé mi coche para que extrajesen las balas e hicieran con él cuánto quisieran.

Fox continuó hablando, mientras llenaba las copas.

—Mi coche es un «Mini» —añadió—. Modestito, pero rápido. Hubiera podido escapar de allí, antes de que llegase el camión de reparto, de cuya presencia en el lugar del suceso te habrás enterado ya.

—Quizá viste que te iba a sorprender...

—El chófer ni siquiera había oído los disparos. No tenía sentido que yo me quedase allí para simular un ataque que, en realidad, fue auténtico. ¿Dónde podría haber escondido las joyas y la billetera de la señora Crimm? ¿Y el revólver? La policía registró a fondo los alrededores, y no encontró más que unas vagas pisadas que, en todo caso, venían a corroborar mi declaración, lío, Thea, no; el Burlón roba, pero no mata.

Ella tomó un sorbo de la copa.

—Lo que me extraña es que estuvieras en aquellos parajes —manifestó.

—No hay motivo para sentir extrañeza. Voy con cierta frecuencia, como confirmó la policía de Baythom End. Mis padres viven en una granja situada a tres kilómetros al oeste de esa población.

—¡Caramba, no sabía que tuvieras padres! —se asombró Thea.

—¿Acaso pensabas que nací por generación espontánea?

—No te burles de mí —pidió la joven, de mala gasa—. He venido con la mejor intención del mundo.

—Desde luego, porque, si hubieses traído malas intenciones, te habrías hecho acompañar por una docena de «polis». ¿Te sientes mejor ahora que ya sabes que no soy el asesino de la señora Crimm?

—Sigues siendo un ladrón...

—Lo admito.

—¡Pero no me gusta! —El tacón derecho de Thea golpeó el suelo con fuerza—. Déjalo, Dermott, déjalo.

Fox sonrió con ternura. Se acercó a la joven y quiso abrazarla, pero ella le rechazó con gran vehemencia.

—¡No me toques! No conseguirás nada de mí, hasta tanto no dejes de ser un ladrón... y hasta que hayas devuelto las joyas que robaste.

—Thea, me parece que pides la luna —dijo él fríamente.

—Entonces, creo que no volveremos a vernos más. —Ella recogió

su bolso y le miró fijamente—. Lo siento de veras, Dermott.

Fox se encogió de hombros.

—Yo también, nena, aunque, al menos, debo agradecerte que hayas rectificado tu forma de pensar, respecto al asesinato de la señora Crimm —dijo.

De pronto, Thea se mordió los labios.

—Es curioso —murmuró—. El hombre a quien yo vigilaba últimamente se llamaba Crimm. Es el esposo de la víctima.

—Tal vez el asesino.

—No, la policía ni siquiera le ha acusado, aparte de que tenía una coartada indestructible... Pero ¿qué puede importarte eso a ti? —exclamó la joven, repentinamente enojada—. ¿Cuándo das tu próximo «golpe»?

—Cuando llegue la ocasión —respondió Fox, impassible.

—Si puedo, lo impediré.

Fox sonrió.

—Voy a hacer una apuesta contigo, Thea. Yo no te diré el nombre de mi siguiente víctima, por descontado; pero si consigues impedir que el Burlón ataque de nuevo, dejaré el oficio. ¿Qué te parece?

Thea extendió la mano, con gesto espontáneo.

—Trato hecho —aceptó.

Fox sujetó aquella mano, y tiró hacia sí de ella, pero Thea interpuso la otra delante de su boca.

—Si gano la apuesta, tendrás de mí todo lo que quieras. Pero, hasta entonces, ni siquiera volverás a verme —dijo.

—¿Y si pierdes?

Ella dudó.

—No perderé —contestó al cabo—. Adiós, Dermott.

—Buena suerte..., excepto para impedir que el Burlón ataque de nuevo —rió Fox, extrañamente contento por el final de la entrevista.

CAPÍTULO VI

Sonó el teléfono. Fox levantó el aparato.

—Hola —dijo—. Soy Dermott Fox.

—¿Cómo está, amigo mío? ¿Ha reflexionado bien sobre lo que le dije hace algunos días? ¿No tiene ansias de sentirse libre, de poder gastar dinero sin límites, sin que nadie le pida cuentas de lo que hace ni dónde va ni con quién se divierte? ¿No le seduce la perspectiva?

—Oiga, es magnífica. Me encantaría, créame —contestó Fox, de excelente humor.

—¿Habla en serio?

—Le diré una cosa: ojalá tuviesen los teléfonos pantalla de televisión. Me vería con la mano derecha levantada, jurando que he dicho la verdad.

—Usted me gusta, señor Fox. Y dígame, ¿cuánto estaría dispuesto a pagar para que se cumplieran sus deseos?

—Oh, no sé... Usted no será el diablo, ¿verdad?

Sonó una risita.

—¿Por qué lo dice, señor Fox?

—Pues... si lo fuese, le vendería mi alma...

—Nosotros no traficamos con cosas intangibles. Nos gusta mucho... el sonido de los billetes nuevecitos y crujientes, como a usted, imagino.

—Oiga, habla una sola persona, pero se expresa en plural, como los reyes y los papas.

—Es que represento a una sociedad. El nombre es Agencia «K».

—Oh, Agencia «K» —repitió Fox.

—Sí, solemos proporcionar a nuestros clientes lo que ellos más ambicionan. Por ejemplo, y ciñéndonos a su caso particular, una muy agradable viudedad.

Fox se puso rígido. Le estaban proponiendo quedarse viudo... y

era soltero. ¿Por qué?

—Bien —siguió la voz—, ¿no dice nada?

—Ejem... me gustaría hablar con usted más detenidamente de este asunto —dijo Fox.

—Conforme, pero ya le llamaremos nosotros en otra ocasión. Buenas tardes.

Fox colgó el teléfono, bastante preocupado por aquella llamada telefónica, que venía a sumarse a las que ya había recibido en las semanas precedentes. Parecía una mujer, aunque no podía asegurarlo. Pero ¿qué demonios pretendía con aquellas insinuaciones?

Al cabo de un rato, dejó de preocuparse del asunto. Tenía sobre la mesa un diario y volvió a pasar la vista por un anuncio que ya había leído en varias ocasiones durante el día.

El anuncio decía:

«Se necesita mayordomo. Buenas referencias. Presentarse en Belgrave Square, 6.»

Fox se mordió los labios. Sobre la mesa, al lado del periódico, había cuatro o cinco cuartillas, de distintas clases de papel. En cada una de ellas había unas líneas escritas.

Al cabo de unos minutos de reflexión, tomó dos de las cuartillas, que introdujo dobladas en sendos sobres y las guardó en el bolsillo de una chaqueta de color gris marengo. Antes de salir de casa, se contempló al espejo.

El sombrero hongo le sentaba perfectamente, lo mismo que las grandes patillas con algunas canas que llegaban casi hasta el mentón. Sus sienes y su pelo aparecían igualmente con bastantes canas.

Además, llevaba chaleco y pantalón rayados. Las manos, la derecha empuñando un paraguas enrollado, iban correctamente enguantadas en negro.

Así salió de la casa, pero no usó su coche, sino que tomó un taxi, a cuyo conductor dio la dirección indicada en el anuncio. Arrellanado en el asiento, pensó divertidamente en el próximo golpe del Burlón.

La mano del hombre se alzó y chasqueó sonoramente, al estrellarse contra la mejilla femenina.

—Zorra —dijo Irving Ladd—. Eres una vulgar ramera; te

acuestas con el primero que te guiña un ojo...

Gwyn Ladd cayó al suelo, terriblemente encolerizada por el golpe recibido.

—Eso no es cierto —protestó—. Me estás acusando de algo que jamás he hecho. Lo que sí es verdad es que quieres deshacerte de mí, que buscas el menor pretexto para divorciarte y poder marcharte con esa desaprensiva que te ha sorbido el seso y que se llama Carolyne Tower. ¿Crees que yo no estoy también enterada de tus andanzas, viejo gordo y asqueroso?

Aquellas palabras sacaron de quicio al señor Ladd. Furioso, buscó un jarrón, pero su joven y atractiva esposa se había levantado ya y tenía otro idéntico en la mano.

—Atrévete a pegarme —dijo—. Haz un solo movimiento y te rajaré la cara, ¿me has oído?

Irving Ladd pensó en que le convenía moderar sus ímpetus. A fin de cuentas, Gwyn podía ser una mujer, pero tenía treinta años menos y le gustaba mucho el tenis y la natación, lo que le había proporcionado una musculatura de la que él, absorbido en sus negocios, carecía por completo. Si había derribado a Gwyn era debido al efecto de la sorpresa, pero ahora que ella ya estaba prevenida, no se dejaría pegar de nuevo.

—Y pase lo que pase, no te concederé el divorcio jamás —añadió la joven—. No tienes pruebas de mi infidelidad ni las conseguirás, aunque busques testigos falsos. ¿Está claro?

Irving Ladd abandonó la estancia, dando un portazo. Gwyn se frotó la mejilla golpeada.

—¡Qué bruto! —masculló, mientras se miraba a un espejo, enmarcado por una valiosa cornucopia—. Por poco me deja sin muelas.

Gwyn Ladd tenía motivos para sentirse irritada, porque, aunque no le habían faltado ocasiones, hasta el presente momento siempre había sido una esposa fiel. Las acusaciones de su esposo, lo sabía perfectamente, eran totalmente infundadas. Lo que Irving quería era deshacerse de ella, sin tener que abonar un solo penique por la indemnización del divorcio.

De pronto, sonó el teléfono.

Gwyn dejó de lado sus preocupaciones para atender la llamada.

—Soy la señora Ladd —dijo.

—Hola —sonó una voz de tonos suaves y persuasivos—. Parece que su matrimonio no marcha muy bien, ¿verdad, señora Ladd? Si en estos momentos pudiera enviudar, ¿no es cierto que daría saltos de alegría?

Gwyn se quedó atónita.

—Oiga, ¿quién es usted? —exclamó.

—Soy la persona que tal vez podría hacer realidad sus sueños. La llamaré en otro momento, señora Ladd. Buenas tardes.

La comunicación se cortó. Gwyn dejó el teléfono, olvidada por completo de la escena ocurrida minutos antes.

Enviudar, pensó. Si Irving muriese, ella heredaría una enorme fortuna...

Florence Tunney, Florrie para los amigos íntimos, tomó las cartas que le ofrecía el visitante, y las leyó con suma atención. Luego, con los impertinentes, examinó críticamente al hombre alto y apuesto que estaba respetuosamente en pie frente a ella.

Dermott Fox aguardaba en silencio. La señora Tunney andaba por los cuarenta y cinco años y su peso en kilos casi doblaba aquella cifra. Algunos decían que el peso de las joyas no andaba tampoco demasiado lejos de la suma de sus años.

La señora Tunney se sintió muy complacida del aspirante al puesto de mayordomo. Era un hombre de gran prestancia, próximo a los cincuenta años, pero que ofrecía el aspecto que ella deseaba para sustituir al que había ocupado el puesto hasta pocos días antes.

—De modo que se llama...

—Kellegh, señora, Edward Kellegh —contestó Fox, sin abandonar en absoluto su expresión de cortés impasibilidad.

—Kellegh... Yo le llamaré así a partir de ahora, sus referencias me satisfacen muchísimo. Pero antes de seguir adelante, quiero hacerle una advertencia.

—Sí, señora.

—Despedí al otro mayordomo por su inmoderada afición al *whisky* y a los cigarros de mi marido. Soy muy tolerante, pero hay cosas que no admito jamás, ¿me comprende?

—Sí, señora. Con el respeto debido a la señora, diré a la señora que no me gusta la bebida y que apenas fumo cuatro o cinco cigarrillos al día. Asimismo, sin tratar de criticar los gustos del

señor Tunney, diré a la señora que nunca he fumado cigarros. No es presumible, por tanto, que empiece a fumarlos ahora, si la señora es tan bondadosa de concederme el empleo.

—Está concedido, Kellegh —contestó ella—. ¿Cuándo vendrá a quedarse?

—Si la señora no tiene inconveniente, empezaré mañana mismo. He de traer mi equipaje...

—Me gustaría que estuviera aquí a las ocho de la mañana, Kellegh.

Fox se inclinó profundamente.

—Seré puntual, señora —aseguró.

Florrie Tunney alargó la mano y cogió una campanilla de plata, que tocó varias veces. Una doncella uniformada apareció a los pocos instantes.

—¿Señora?

—Edith, sirva el té, por favor —dijo Florrie—. Ah, le presento a Kellegh, mi nuevo mayordomo. Kellegh, ella es Edith Johnson, mi nueva doncella. Empezó a trabajar ayer.

Fox estaba habituado a situaciones críticas, pero, aun así, tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para dominarse, dado que la nueva doncella de la señora Tunney no era otra que Thea Welles.

—Encantado —musitó.

Thea le miró fijamente. «¿A quién me recuerda este tipo?», se preguntó.

—Es un placer —dijo—. Con el permiso de la señora, iré a encargar el té a la cocinera.

Thea se marchó. Florrie Tunney sonrió a su nuevo mayordomo.

—Hasta mañana, Kellegh —le despidió.

Dermott Fox, con su aspecto habitual, entró en el bar, profundamente preocupado. ¿Debía volver al día siguiente a casa de la señora Tunney?

Era muy posible que Thea le hubiese reconocido. En tal caso, su plan podía irse al traste. Ella procuraría impedirlo por todos los medios..., pero, de súbito, recordó algo que le hizo sonreír.

Había una apuesta por medio. ¿Por qué no intentarlo? Incluso con el obstáculo que representaba Thea, podía resultar más divertido, con mayores alicientes...

—Parece que estás muy contento, Dermott Fox —dijo, de repente, una mujer que estaba sentada en un taburete.

Fox se volvió en el acto. Una sonrisa de alegría apareció en su rostro.

—Si la vista no me engaña, esta encantadora mujer es nada menos que Gwyn Fergus...

—Perdón, Ladd, por mi matrimonio —corrigió ella. Alargó su mano—. Hace un montón de años que no nos vemos, Dermott. ¿Cómo estás?

—Lo contrario que tú, esto es, soltero —rió él—. ¿Qué tal la vida de casada, preciosidad?

—Mal —respondió Gwyn, sin ambages—. Catastróficamente mal.

—Lo siento —dijo el joven—. Pero, Gwyn, si tu matrimonio ha resultado un fracaso, existe algo que se llama divorcio.

—Lo sé, pero no me conviene. Seré franca. Me casé con él porque es muy rico. Pero se ha hartado de mí antes de un año. No supe conocerle entonces, de lo contrario, me hubiera arriesgado a seguir en la pobreza. Ahora bien, si yo pido el divorcio, el juez no me concederá nada, porque no podré demostrar que hay motivos para la separación. Y no quiero darle motivos a mi esposo, porque, en tal caso, conseguiría deshacerse de mí sin darme un penique.

—Verdaderamente lamentable —convino Fox—. En tal caso, la única solución es quedarte viuda. Perdón, era sólo una broma...

Gwyn le miró fijamente.

—Es curioso —dijo—. Alguien me llamó hoy por teléfono y me habló de forma muy parecida. Pero no tengo la menor idea de quién es...

Fox arrugó el entrecejo.

—¿Era hombre o mujer? —preguntó.

—Me pareció que era una mujer, aunque no podría asegurarlo —respondió ella.

—Gwyn, esa voz, ¿ha mencionado por casualidad la Agencia «K»?

—No. ¿Qué es la Agencia «K», Dermott?

Fox demoró la respuesta algunos segundos. Pocas semanas antes, había sido asesinada la señora Hughes, y su esposo había heredado una inmensa fortuna. Apenas quince días antes, la señora Crimm

había sido asaltada y muerta a tiros. Era una mujer muy rica, y su fortuna se suponía próxima a las setecientas mil libras esterlinas.

—Gwyn, voy a pedirte un favor —dijo al cabo.

—Sí, Dermott.

—Aguenta lo que puedas, quiero decir que no hagas nada que pueda perjudicarte. Si te llama esa mujer, síguele la corriente, ¿comprendes?

—Me dio la sensación de que quería proponerme el asesinato de mi marido —manifestó la joven.

—No me extrañaría en absoluto —respondió Fox—. Gwyn, si mis cálculos no están equivocados, la representante de la Agencia «K» volverá a llamarte al cabo de una semana. Síguele la corriente, insisto, y en cuanto puedas, ven a este mismo bar. ¿Has comprendido?

—Sí, Dermott.

Fox sonrió.

—Y no te preocupes de más —concluyó.

—Conque no me preocupe, ¿eh? Tendrías que haberme visto esta mañana, cuando mi esposo me tiró al suelo de una bofetada —declaró ella, todavía furiosa por el incidente.

—Gwyn, si tienes un poco de paciencia, daremos una lección a tu esposo, que no olvidará jamás —aseguró Fox rotundamente.

CAPÍTULO VII

El hombre se llamaba Nate Grallis y estaba tomando apaciblemente una copa en un elegante local, mientras charlaba con un amigo. Al lado de los dos individuos había una hermosa rubia, con un escote que llamaba la atención de todo el que pasaba a su lado.

Grallis y su amigo discutían de negocios con cierta vehemencia. De repente, la rubia llamó la atención de Grallis:

—Por favor, ¿tiene fuego?

Grallis se volvió, miró a la rubia, contempló el escote y sonrió de un modo peculiar.

—Hasta en las venas tengo fuego —dijo, a la vez que acercaba el encendedor al cigarrillo de la rubia.

Ella le echó el humo a la cara.

—En cambio, yo siento un frío terrible —murmuró.

—Perdona un momento, preciosa —dijo Grallis. Se volvió hacia el otro y habló rápidamente—: Seguiremos mañana; no quiero que se me escape este bombón.

El amigo sonrió, malicioso.

—Eres un tipo con suerte, Nate —dijo.

Grallis hizo girar el taburete nuevamente.

—Bien, preciosa, dime cómo te llamas y yo te indicaré un lugar donde puedas... «Deshelarte».

—Mi nombre es muy vulgar: Maggie —contestó ella.

—Hija de mi alma, el nombre será vulgar, pero lo demás... no tiene nada de corriente —suspiró Grallis, encandilado por la perspectiva de pasar unas horas en la agradable compañía de la rubia friolera—. Si me acompañas, estaremos muy pronto en un sitio donde reina una temperatura excelente.

—Será un placer —dijo Maggie.

—De eso no cabe la menor duda. Vamos, mi coche está ahí

afuera.

Maggie y Grallis salieron a la calle. Grallis se comportó con toda galantería, abriendo la portezuela del coche. Ella se sentó con fascinante despliegue de piernas. Los ojos de Grallis brillaron de un modo peculiar ante aquel atrayente espectáculo.

Momentos después, el coche arrancaba. Grallis y la rubia se enzarzaron en una amigable conversación, que duró hasta hallarse en una calle residencial, muy tranquila y apenas transitada a aquellas horas de la noche.

—Aquí, nena —dijo Grallis.

Maggie sonrió. Grallis la atrajo hacia sí y buscó sus labios. Ella se dejó besar.

De pronto, Grallis sintió un pinchazo en el costado.

—Eh, quítate ese alfiler del vestido —protestó.

Ella sonreía extrañamente.

—Sí, querido —repuso.

Grallis la miró, intrigado. Súbitamente, notó una fortísima sensación de ahogo. Abrió la boca para buscar aire, pero no podía respirar.

Todo se hizo turbio en sus retinas. El ahogo creció, creció y, al fin, comprendió que se moría.

Un policía que hacía la ronda lo encontró un cuarto de hora más tarde. Primero creyó que se trataba de un borracho que se había dormido en el automóvil. El policía no tardó demasiado tiempo en salir de su error.

Dermott Fox hacía visajes delante del espejo, cuando, de pronto, oyó un leve chasquido. A través del cristal azogado vio que se abría la puerta.

Una hermosa joven, vestida de negro, con cofia, cuello, puños y delantal blancos, entró, cerró la puerta y se quedó parada en el centro de la estancia, con los pies algo separados y las manos en las caderas.

—Eres un magnífico actor, Dermott —dijo Thea.

—Muchas gracias, Edith. ¿Qué tal te va en el nuevo empleo?

—Bien, no puedo quejarme.

—¿Te envió la agencia Barries?

—Sí.

—¿Cuál de los dos es el infiel: el señor Tunney o su esposa?

—Todavía es pronto para saberlo. Habrá que esperar, Dermott.

—Thea, ¿sabes que podría costarte caro si se descubriese el «pastel»? Hay cosas que la ética profesional no permite...

Ella rió suavemente.

—¿Tú hablas de ética profesional? —contestó con acento irónico—. Dime, ¿has localizado ya las joyas de la gorda?

—Estoy en ello, Thea. Supongo que no irás a denunciarme, ¿verdad?

—¿Qué pasaría si lo hiciera?

—Primero, nadie podría demostrar que soy el Burlón. —Fox terminó de retocarse las falsas patillas y giró en redondo—. Segundo, yo también te denunciaría a ti y tu agencia saldría enormemente perjudicada. A mí no me pasaría nada, en tanto que a ti te pondrían de patitas en la calle.

—Serías capaz de hacerlo —dijo ella, furiosa.

—No te quepa la menor duda —respondió Fox tranquilamente—. Pero recuerda que hemos hecho una apuesta.

—No dejo de olvidarla un solo instante.

—Y, en toda apuesta, lo obligado es jugar limpio.

—¿Se puede jugar limpio con un ladrón?

—Lo mismo puedo decir yo de una doncella que no lo es, Thea.

—Se trata de mi trabajo.

—Un trabajo sucio.

—Como lo que tú haces.

De pronto, Fox avanzó hacia la muchacha y puso los brazos en torno a su esbelta cintura.

—Me gustas enormemente en todos los sentidos —murmuró.

—No trates de conquistarme, Burlón.

—Estás conquistada y derrotada.

—¿Lo crees así?

Fox sonreía de un modo terriblemente atractivo, reconoció Thea.

—Y muy pronto vas a alzar bandera de rendición —dijo él.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Los labios varoniles se aplastaron contra los de Thea. Ella quiso resistirse, pero, de pronto, se encontró sumergida en un ardiente vértigo.

«No, no quiero rendirme, no quiero...», pensó, pero una fuerza

superior a su voluntad se impuso y cedió al maravilloso estallido de pasión que la envolvió con algo que le parecieron nubes de fuego cálido y confortable.

Thea despertó muy cerca del amanecer. Sobresaltada, se dio cuenta de que no estaba en su dormitorio y se sentó bruscamente en la cama.

—Tengo que irme de aquí —murmuró.

Momentos después estaba en su cuarto. Entró en el baño y, de repente, se detuvo frente al lavabo, paralizada por el asombro.

El espejo le devolvió la imagen de su pecho, sobre el que había una marca inconfundible. Lágrimas de rabia brotaron en el acto de sus ojos.

—Miserable traidor... —apostrofó al falso mayordomo, mientras, con una toalla mojada se frotaba el pecho para borrar la marca que Fox había trazado, con un lápiz negro, en su piel blanquísima.

Una ducha de agua helada tranquilizó sus nervios, pero en su mente se fijó la idea obsesiva de tomarse el desquite. Ciertamente, no podía denunciar a Fox, pero un día se vengaría del engaño sufrido. No había habido amor en lo ocurrido, sino un poco de pasión... y el empleo de un truco sucio y denigrante, que había permitido al Burlón conseguir sus propósitos.

Súbitamente, cuando ya terminaba de vestirse, oyó un espantoso alarido.

Thea echó a correr. Los gritos procedían del dormitorio de la señora Tunney. Cuando entró en la estancia, vio a la mujer sentada en la cama, con el pecho desnudo y una mano tendida hacia la caja de caudales abierta de par en par.

La caja estaba empotrada en la pared. A Thea no le hizo falta saber más para comprender que, una vez más, el Burlón había conseguido un rico botín en joyas.

Había sido un botín doble, pensó amargamente, mientras contemplaba la marca pintada en el centro del voluminoso pecho de la señora Tunney.

«Ha conseguido las joyas... y me ha conseguido a mí», se dijo, a la vez que se esforzaba por calmar el ataque de nervios de que era presa la señora Tunney.

Dermott Fox leyó la noticia en el periódico.

Nate Grallis había sido asesinado misteriosamente. La viuda, llena de aflicción, había declarado a la policía que no tenía la menor noticia de la identidad del asesino.

En el relato del suceso se añadían otros detalles. Por ejemplo, la enorme fortuna del muerto, calculada, a ojo, en millón y medio de libras esterlinas. Era lógico suponer que la viuda heredaría todos los bienes del difunto.

El periodista que narraba el crimen añadía que la muerte de Grallis se había producido a consecuencia de la entrada de un potente veneno en la sangre. Aquel asesinato tenía una notable similitud con otros que se habían producido en meses anteriores.

Fox se sentó en una butaca, y volvió a leer la noticia detenidamente. ¿Cuántas personas habían muerto en los últimos meses, dejando una enorme fortuna?

La señora Hughes, la señora Crimm; ahora Nate Grallis...

¿Quiénes eran los beneficiarios de aquellas misteriosas muertes?

Los viudos, de ambos sexos, naturalmente.

En ningún caso se había relacionado al cónyuge superviviente con el crimen. ¿Quién se dedicaba a matar a las personas muy ricas?

La respuesta era sólo una: Agencia «K».

Por ejemplo, a Gwyn Ladd le habían hablado de las dulzuras de la viudedad. Y, ¿no le habían dicho a él algo parecido?

«Pero yo soy soltero. ¿Por qué han de proponerme algo que no me interesa en absoluto? ¿Cómo voy a desear la muerte de una esposa que no tengo?», pensó.

¿Se trataba de alguna confusión?

Antes de que pudiera seguir adelante con sus reflexiones, llamaron a la puerta.

Fox dejó el periódico a un lado, se puso en pie y cruzó la estancia. Al abrir la puerta, divisó a Thea, acompañada de un hombre.

—Dermott, te presento al inspector Slayton, de Scotland Yard —dijo la muchacha.

Fox sonrió.

—Hola, Sparky —saludó.

—¿Qué tal, Brownie? —contestó el policía.

Thea se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿cómo? ¿Se conocen? —exclamó.

—Pues claro que nos conocemos. Estudiamos juntos y... Ven, bribón, dame un buen abrazo —dijo Fox efusivamente—. ¡Qué ganas tenía de volver a verte, viejo granuja! Por cierto, ¿qué hacen Mildred y los niños? Estarán bien, supongo. Mildred, desde luego, tan guapa como siempre... ¡Qué suerte tuviste, especie de canalla; te llevaste la única mujer que me gustaba!

Fox se volvió hacia, la joven.

—Cuando estudiábamos, a él le llamábamos Sparky. Yo tenía el apodo de Brownie... ¡Qué tiempos, chico, qué tiempos!

—Sí, estupendos, pero, ya ves, los años pasan que es un contento —dijo el policía filosóficamente.

—Perdona, Sparky, pero con la alegría de volver a verte, no te he invitado. ¿Qué te apetece? ¿Escocés?

—Sí, una dosis de amigo, Brownie —contestó Slayton, con jovialidad.

—Estos policías de hoy día ya no son los de antes —comentó Fox, mientras empezaba a preparar las bebidas—. Antes no se podía invitar a un policía a beber. En seguida, con voz solemne, te contestaba: «Disculpe, señor, pero estoy de servicio». Ahora, ya se ve..., ni servicio, ni nada que se le parezca... Thea, para ti, jerez, como de costumbre.

—A mi podrías darme una copa de vitriolo; me sabría mucho mejor —contestó ella agriamente.

—Descuida, lo pediré a la droguería más próxima. Mientras tanto, debes contentarte Con jerez. Toma, Sparky, aquí tienes tu ración. —Fox levantó su vaso—. Salud, muchachos.

Thea lanzó un grito y pateó el suelo.

—¡Inspector! Le he traído aquí para que detenga al Burlón. Ese famoso salteador, por si no lo sabía, es el hombre que habita esta casa y que está bebiendo con usted.

Slayton miró a Fox. Éste le devolvió la mirada. Luego, de pronto, los dos, a una, rompieron a reír estruendosamente.

—Pero ¡qué gracia! —dijo el policía—. Tú, el Burlón. Es lo más divertido que he oído en los días de mi vida.

—Sí, es graciosísimo —convino Fox, entre carcajada y carcajada—. No te enfades con ella; tiene un sentido del humor realmente estupendo.

—Y una imaginación portentosa, porque se necesita tener imaginación para creer que tú eres el Burlón.

Thea estaba roja de ira.

—Inspector, ¿se le ha ocurrido preguntarse siquiera de qué vive su amigo? —exclamó a voz en cuello.

—Ahora, de las rentas. Antes, trabajaba, por supuesto, pero un buen día fue a las carreras y ganó casi treinta mil libras —contestó Slayton sorprendentemente—. Vamos, vamos, señorita Wélles, como que si mi amigo fuese ese célebre ladrón, iba yo a estar aquí tan tranquilo, bebiendo en su compañía. Ya le habría «trincado», y estaríamos camino del Yard, puede estar segura de ello.

Hubo un instante de silencio. Luego, de pronto, Thea, que tenía la copa intacta en la mano, la tiró al suelo, rompiéndola en mil pedazos. Acto seguido, dio media vuelta y salió, dando un portazo que hizo retemblar las paredes.

—Está furiosa —comentó Fox—. No se lo tomes en cuenta, Sparky.

El inspector Slayton dio una fuerte palmada en la espalda de su amigo.

—Ésa ya está en el bote, bribón —contestó alegremente.

CAPÍTULO VIII

La joven estaba sentada en un butacón, con las manos apoyadas en los brazos del mismo y la vista perdida en el vacío. Era ya casi de noche y apenas se veía en la estancia, pero Thea no había encendido todavía las luces.

Una puerta se abrió suave y silenciosamente. Thea no se enteró siquiera de que había un intruso en su casa, hasta que captó la figura de una silueta interpuesta entre ella y la ventana.

—Hola —dijo el recién llegado a media voz.

Thea se puso vivamente en pie.

—¿Cómo has tenido la desfachatez de entrar? —protestó—. Vete, sal de aquí inmediatamente...

Fox puso las manos sobre sus hombros y la obligó a sentarse de nuevo.

—Cálmate, no te excites —dijo con acento persuasivo—. Gritando no conseguirás nada.

—Y si me callo, tampoco, ¿verdad?

—Thea, ¿tan furiosa estabas que has arriesgado tu empleo por denunciarme? Me refiero al empleo de doncella de la señora Tunney, naturalmente.

—Tú no me has denunciado, pero la cosa es muy distinta. Yo no robo ni estaba allí para robar. En cambio, tú te llevaste ciento veinte mil libras en joyas...

—Lo admito.

—Y te aprovechaste de mí.

—Es cierto.

—Me siento horriblemente avergonzada de mí misma. A tu descaro, añadiste la burla, pintándome el pecho...

—Lo siento, fue algo que no debí hacer. Pero no pude contenerme.

—La forma de ganar la apuesta fue realmente abyecta,

canallesca —dijo Thea.

—Preciosa, recuerda muy bien que no conseguí nada sin tu... aquiescencia —contestó él, malicioso.

—Lo admito. Pero supiste hacer lo preciso para derrotarme. Eso es una canallada, se mire como se mire.

—Estoy seguro de que querías ser derrotada. De lo contrario, me habrías rechazado. Y sucedió todo lo contrario.

Thea se puso colorada.

—No me lo recuerdes, miserable —dijo, todavía de mal humor—. Y si pienso en el ridículo que he hecho esta tarde, cuando fui con el inspector Slayton...

—Hubiera sucedido lo mismo con cualquier otro hombre del Yard. La casualidad quiso que designasen para acompañarte a un buen amigo mío.

—Pero se tomaron muy en serio mi denuncia, Dermott.

—Oh, claro que sí. El Burlón preocupa bastante al Yard, y no podían decirte que no, cuando fuiste a presentar la denuncia. Por eso designaron a Sparky para que te acompañase.

—Si supieran que eres el ladrón...

—Me arrestarían, naturalmente. Pero tú no puedes probarlo, ni nadie tampoco, a menos que me pesquen con las manos en la masa.

—Cosa que no va a suceder —suspiró Thea. De pronto, encendió la lámpara de pie que tenía al lado y se levantó—. Oh, debo de estar loca —añadió, mientras se apartaba el pelo que casi le tapaba un lado de la cara—. Me he tomado tantas molestias por ti...

—Eso no hubiera ocurrido si no estuvieses enamorada.

—¿Y quién ha dicho que lo esté?

—Yo. Y tú también te lo dices o no te comportarías de este modo. Por cierto, ¿qué haces en tu casa en lugar de estar sirviendo la cena a la señora Tunney?

—Me ha despedido —respondió Thea, quejumbrosa—. Está fuera de sí por las joyas robadas y por la marca que le pintaste en el pecho. Ayer, al servirle el té, se me derramó un poco sin querer, y me tiró la taza a la cara y me mandó a la calle inmediatamente. Como consecuencia de ese despido, Elynor Barries me ha despedido también.

Fox asintió con reiterados movimientos de cabeza.

—De modo que ahora estás sin trabajo —murmuró.

—Así es. No sé qué hacer... Volver a una oficina me aterra, pero sospecho que no tendré otro remedio, cuando se me acaben los pocos ahorros que he conseguido hacer en este año que he trabajado para la agencia Barries.

—Bueno, bueno, guapa, no te preocupes. Si tú lo quieres, ya tienes un empleo.

Thea le miró fieramente.

—Si ese empleo ha de ser el de ayudante de un ladrón, cuenta con mi negativa desde ahora mismo —respondió.

—Pues es una lástima, porque podría pagarte un buen sueldo...

—Pero ¿es que no te das cuenta de mi forma de pensar?

Fox se acercó a la joven y le puso las manos sobre los brazos.

—Thea, por favor, ten paciencia un poco de tiempo. He dado cinco golpes. Tengo seis ricachonas en la lista y me falta una. Cuando le haya «limpiado» las joyas, hablaré sinceramente contigo y comprenderás con toda claridad los motivos que me impulsan a actuar de ese modo.

Thea remoloneó un poco.

—Si es verdad lo que me dices... Si tus motivos me convencen... Porque no irás a decirme que vendes las joyas robadas y las entregas a algún asilo de huérfanos o algo por el estilo. Sí, ya sé que todas ellas son unas ricachonas..., pero el cuento de la demagogia social está muy gastado. Robín de los Bosques murió hace unos cuantos siglos, Dermott.

—Lo sé perfectamente —sonrió él—. De modo que te han despedido por mi culpa.

—Tanto como eso... Ya te he dicho que vertí un poco de té y la señora Tunney se puso como una fiera.

—Por mi culpa. Si no le hubiese robado las joyas, no habría sacado el genio a relucir. Bien, Thea, puesto que has trabajado un año como detective privado, alguna experiencia habrás conseguido. Ahora mismo te daré un nombre y una dirección y, a partir de mañana, vas a vigilar a esa persona. Yo tengo otro trabajo entre manos, por lo que tu ayuda resultará muy valiosa.

Ella elevó los ojos al cielo.

—Lo dicho, estoy loca —murmuró.

Fox se aprovechó de la postura de la joven para besarla en una mejilla.

—¡No me toques! —protestó ella vivamente.

—Bueno, bueno, lo siento. Escucha, Thea, el objetivo número seis se llama Ellen Stratham...

Cuando el joven se hubo marchado, Thea contempló largamente el papel en el que figuraban la dirección y algunos datos personales de la señora Stratham. Durante unos segundos, sintióse tentada de negarse a hacer lo convenido, pero la curiosidad pudo más que todo y decidió aceptar el trabajo.

Había dos puntos que deseaba aclarar y sólo podría conseguirlo si se unía a Dermott. Primero, ¿por qué robaba? Segundo, ¿dónde guardaba las joyas?

Y si las respuestas no le satisfacían lo suficiente, haría lo imposible por ponerlo en manos de la policía. Porque estaba enamorada de Dermott, pero no hasta el punto de unir su existencia a la de un ladrón.

Dermott Fox trepó al taburete y pidió un doble de *whisky*. Después de que el camarero hubo servido la bebida, volvió un poco la cabeza hacia la atractiva joven que tenía a su lado.

—Hola, Gwyn —sonrió.

—¿Qué tal, Dermott?

—Todo marcha satisfactoriamente, supongo.

—Sí. Hoy ha vuelto a llamarme. Por primera vez ha pronunciado el nombre de la Agencia «K».

—Interesante. Seguro que habrá mencionado las delicias de la viudez.

—Exacto.

—Está lavándote el cerebro, Gwyn.

—Yo también lo pienso así, Dermott. Pero te diré una cosa: odio a mi esposo. No es el hombre que yo creía. Ya sabía, cuando me casé con él, que tenía treinta años más que yo. A fin de cuentas, tengo ojos en la cara...

—Muy bonitos por cierto —rió Fox.

Ella sonrió también.

—Gracias, Dermott —contestó—. Bien, lo que quería decirte es que hay ciertas soluciones que me repugnan. Por nada del mundo querría tomar parte en el asesinato de mi esposo. Sí, conseguiría una enorme fortuna..., pero no dormiría tranquila, pensando en que

la policía podría arrestarme en cualquier momento. Pasarme veinte años o más en la cárcel, no figura ciertamente entre mis proyectos.

—Te felicito, Gwyn. Pero sospecho que hay alguien que se dedica a provocar estados de viudez, mediante un sustancioso beneficio. Por eso quiero que le sigas la corriente. Cada vez que te llame, muéstrate evasiva. No digas que no rotundamente, pero tampoco aceptes de un modo abierto las proposiciones que te hagan.

—Lo que quieres decir es que debo darle largas al asunto.

—Exactamente. ¿Te ha llamado hoy?

—Sí.

—Han transcurrido siete días justos. ¿A qué hora se ha producido la llamada?

—Tres de la tarde, aproximadamente.

—Tu esposo, por supuesto, no estaba en casa.

—Desde luego. Nunca regresa antes de las seis.

—Bien, dentro de siete días irá un operario de la compañía telefónica a revisar los teléfonos de tu casa. Usará gafas y bigote, ¿entendido?

Gwyn sonrió.

—Sí, comprendo —repuso.

—Estaré allí a las tres menos cuarto, aproximadamente. A tu doncella le dirás que el supletorio de tu dormitorio no funciona bien; de este modo, no se extrañará de mi presencia en tu casa.

—De acuerdo.

—Y no te preocupes. Daremos a tu esposo una buena lección y tendrá que soltar «pasta» en abundancia... además de verse obligado a dejarte en libertad. Adiós, preciosa.

—Adiós, Dermott.

El teléfono sonó y, antes de levantarlo, Fox pulsó la tecla de una grabadora conectada a la línea. Segundos después, dijo:

—Habla Dermott Fox.

—¿Qué tal, señor Fox? ¿Ha meditado bien sobre nuestras propuestas?

—Pues... a decir verdad, la perspectiva no es desagradable del todo. Sin embargo, hay algo que me asusta muchísimo.

—La discreción de la Agencia «K» es absoluta, señor Fox.

—Oh, eso ya me lo imagino. Lo que me asusta es la minuta de

honorarios.

El joven oyó una risita suave.

—Por favor, ¿qué puede importarle a usted una minuta elevada, si a cambio de nuestros servicios, va a recibir mucho más?

—Sí, desde luego pero...

—¿Va a decirme ahora que no le interesa el trato?

—Por favor, señora, claro que me interesa...

—En tal caso, tome nota. Busque papel y lápiz. ¿Está ya?

—Sí, señora.

—Vaya al doscientos ochenta y seis de la calle Devonshire. El local se llama The Éscarlett Penguin...

—¡Un pingüino escarlata! —rió Fox—. Yo había oído hablar de elefantes azules, pero nunca de pingüinos de ese color.

—¡Señor Fox, esto no es cosa de broma! Le estoy hablando completamente en serio.

—Sí, sí, dispense, pero es que me sentía tan contento de pensar en que muy pronto... Bueno, siga, siga, por favor.

—Estará allí a las siete y media en punto. Alguien llamará por teléfono al señor Clapham. Atienda esa llamada. Nada más.

La comunicación se cortó bruscamente. Fox paró la grabadora primero, invirtió el sentido de giro de los carretes y volvió a escuchar la conversación.

Luego consultó el reloj. Eran las cuatro y media de la tarde. Tenía tiempo de sobra para acudir a la cita propuesta por la desconocida representante de la Agencia «K».

Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana. De repente, vio parado un coche al otro lado de la acera.

Reconoció el automóvil en el acto. Ya lo había visto varias veces en ocasiones anteriores. Buscó los prismáticos y comprobó que su conductora era la joven que ya empezaba a hacerse conocida.

De pronto, pensó que tenía tiempo de sobra y que le convenía hablar con aquella muchacha.

CAPÍTULO IX

La puerta del coche se abrió. Ella volvió la cabeza, sobresaltada.

—Siga como está o le hago un agujero en el punto exacto de la espalda donde se abrocha el sujetador —dijo Fox truculentamente.

—Eso será broma, ¿verdad? —contestó la conductora.

Fox levantó el periódico que llevaba consigo. El brillo del metal negro sobresaltó a la joven.

—¿Convencida, guapa?

—Está bien. Dígame lo que quiere.

—Lo primero, mire al frente de nuevo y no vuelva la cabeza. Después, dígame su nombre.

—Ruby Fowliss. ¿Cómo se llama usted?

—Digamos que John Smith, por el momento. ¿Qué hace aquí, Ruby?

—Lo siento, pero no puedo contestar...

—Voy a darle a elegir entre dos cosas. —Algo cayó en el asiento delantero vacío—. Son doscientas cincuenta libras esterlinas. Pero si no las acepta, significará que elige la bala.

Ruby sonrió maliciosamente.

—¿De veras apunta su pistola al lugar que ha dicho antes? —preguntó.

—Si estuviera frente a mí, el cañón apuntaría a un sitio diametralmente opuesto, pero mucho más atractivo —contestó Fox.

—John Smith, éste no es lugar adecuado para hablar —dijo Ruby.

—Dé media vuelta a la llave de contacto. Aceptaré ir adonde le parezca más discreto, pero recuerde que no pienso tolerar... encerronas.

—No habrá encerronas, se lo aseguro.

El coche se puso en marcha. Treinta minutos más tarde, Fox y Ruby Fowliss entraban en un apartamento pequeño, pero decorado

agradablemente.

—Voy a cambiarme de ropa —dijo ella—. Sírrete de beber a tu gusto.

Ruby se perdió por la puerta del fondo. Fox pensó que la cosa estaba saliendo mejor de lo que había pensado.

Ruby salió diez minutos más tarde, vestida con una bata de tela que no tenía nada de opaca y con el pelo suelto casi hasta la cintura. Fox le tendió un vaso.

—Podemos empezar a hablar —sonrió él.

—¿Tan pronto?

Fox miró a la joven. Ruby era muy hermosa, ciertamente. Dejó el vaso a un lado, se acercó a ella y rodeó su cintura con los brazos.

—Hablares más tarde —dijo, mientras se inclinaba para buscar los labios que se le ofrecían ardorosamente rendidos.

Una hora más tarde, Ruby le confesó que vigilaba a un tal Dermott Fox.

El joven respingó.

—¿Por qué diablos tienes que vigilarme a mí? —exclamó.

—Yo no te vigilo...

—Has pronunciado mi nombre.

Ruby le miró, estupefacta.

—Pero ¿de veras te llamas así?

Fox se puso en pie y hurgó en su chaqueta, de la que sacó una billetera. Varios documentos cayeron sobre el regazo de Ruby.

—Ahí tienes, pasaporte, tarjetas de crédito, permiso de conducción, Seguridad Social..., todo a nombre de Dermott Fox.

Ella se mordió los labios.

—Es curioso —dijo—. Nunca supuse que pudieran existir dos hombres con el mismo nombre y en la misma calle.

—¿Cómo?

—Hay otro Dermott Fox en el doscientos veinte de Old Church. Espera un momento...

Ruby se puso en pie y buscó en su bolso, de donde sacó una agenda, que consultó rápidamente.

—Sí, aquí está, Dermott H. Fox. Pero no comprendo...

—Nena, me parece que te has confundido —dijo él.

—No puede ser. Yo te vigilaba a ti... Te llamas Dermott Fox.

—Pero no tengo ningún otro nombre. Nunca he usado una H

entre el nombre y el apellido que me dieron al nacer.

—Entonces he estado perdiendo el tiempo —se lamentó Ruby.

Fox alargó una mano, cogió la de Ruby y la atrajo hacia sí.

—Conocerme a mí, ¿ha sido perder el tiempo? —preguntó.

Ella sonrió primero. Luego ronroneó como una gata.

—Ha sido una experiencia apasionante —respondió, mientras elevaba sus brazos para enroscarlos en torno al cuello de su invitado. Después de un tórrido beso, suspiró y dijo—: ¡Cómo se van a poner en la agencia cuando les diga lo que ha pasado!

—Ah, trabajas para una agencia...

—Sí, Dermott. Me pagan muy bien, ¿sabes? Aunque lo mejor del empleo es haberte encontrado a ti.

—Gracias, preciosa. ¿Puedes darme el nombre de la agencia?

—Barries —contestó Ruby.

Fox se sobresaltó. Ruby lo notó y le miró extrañada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Nada, preciosa —contestó él—. Sigue...

—Sí, cariño.

Media hora más tarde, Fox entregó algo a Ruby.

—Guárdalo como recuerdo —dijo.

Ella notó el poco peso de la pistola.

—Es de plástico —exclamó.

—Sí, pero los billetes son auténticos —rió él, mientras abría la puerta.

A las siete y media, un camarero de The Scarlett Penguin llamó al señor Clapham al teléfono.

Fox atendió la llamada.

—Hable —dijo.

—Quedarse viudo le costará ochenta mil libras. ¿Le conviene?

—Trato hecho.

—Esa suma será entregada treinta días después del fallecimiento de su esposa. Nosotros le llamaremos y le indicaremos la hora y el lugar donde debe efectuarse la entrega. ¿Está claro?

—Sí.

—Bien, no se preocupe de más...

—Un momento, por favor.

—¿Qué le sucede ahora?

—Simplemente, quiero saber cuándo..., bueno, cuándo ocurrirá

ese... accidente...

—No se preocupe. Ocurrirá. Eso es todo.

Fox colgó el teléfono, sumamente preocupado.

¿Obraba correctamente?, se preguntó.

Una mujer iba a morir.

Probablemente, el auténtico Dermott H. Fox no tenía la menor idea de lo que sucedía. Tampoco podía asegurar si le convenía o no quedarse viudo.

Volvió a su casa, sumamente pensativo. De pronto, antes de entrar en el edificio, giró hacia su izquierda y caminó un corto trecho, hasta situarse frente al número doscientos veinte de la misma calle.

Instantes después, llamaba a una puerta en la que se veía una placa dorada, con un nombre idéntico al suyo, si bien con una H intercalada.

—Es curioso —musitó—. Vivimos dos personas con el mismo nombre y apellido en la misma acera y jamás habíamos tenido noticias el uno del otro.

La puerta de la casa se abrió. Una mujer, de unos treinta y cinco años, muy guapa, apareció ante sus ojos.

—Deseo hablar con el señor Fox —manifestó el visitante—. Usted es su esposa, supongo.

—Sí, en efecto. ¿Quién es usted?

El visitante sonrió.

—Dermott Fox, señora —contestó.

Por la mañana, Fox, después de un sueño, no demasiado tranquilo, turbado no sólo por sus preocupaciones, sino también por las pesadillas, fue al baño y se duchó largamente con agua fría, hasta que se sintió relajado. Una vez hubo terminado, se preparó el desayuno. Después de colocar la bandeja sobre la mesa, fue a la puerta, abrió, y recogió el periódico del día.

Mientras se desayunaba, paseó la vista por las hojas del diario. De repente, una noticia hirió sus retinas con la fuerza de un relámpago.

Durante unos segundos, se negó a creer en lo que leía. El apetito le desapareció en el acto.

El periódico cayó sobre la mesa. Fox se cubrió la cara con las manos.

—¿Cómo no se me ocurriría advertirla? —musitó.

Abstraído en sus negros pensamientos, no se dio cuenta de que había entrado alguien en la casa, hasta que ovó una voz en la puerta de la cocina:

—¡Dermott! ¿Qué te sucede? ¿Por qué lloras? —se asombró Thea.

Fox dejó su rostro al descubierto.

—No lloraba, aunque ganas no me faltaban ciertamente —contestó—. Una hermosa muchacha ha sido asesinada por mi culpa.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

El joven se puso en pie. Con la mano, señaló el periódico.

—Lee ahí —indicó.

Thea obedeció. Al cabo de unos momentos alzó la vista.

—No conocía a Ruby Fowliss —manifestó.

El tumor de la sorpresa llegó ahora para Fox.

—¡Cómo! —exclamó—. Trabajaba en la agencia Barries, como tú.

—Sí que es coincidencia... Pero yo no conocía a ninguna otra chica, salvo a las hermanas Barries, por supuesto. Si tenían otras muchachas empleadas, jamás coincidí con ninguna de ellas.

—Probablemente, no lo querían. Dime, ¿te fijaban alguna hora para las entrevistas?

—Bien, o yo llamaba por teléfono para rendir mis informes... o Elynor, la directora, me avisaba para que fuese a verla. Nunca citó una hora de un modo estricto, aunque quería que acudiese en seguida.

—Sí, está claro; Elynor no quería que las empleadas se conociesen entre sí. Bien mirado, es una excelente idea, desde el punto de vista de un empresario de esa clase.

—Yo también pienso lo mismo, aunque no tengo la menor idea acerca de la relación que pueda existir entre esa pobre chica y yo. Jamás la vi ni había oído pronunciar su nombre...

—Thea, Ruby me vigilaba a mí.

Ella palideció.

—¡Dermott! No irás a decirme que en la agencia Barries sospechan que eres el Burlón —exclamó.

Fox sonrió tristemente.

—No, ni soñarlo —contestó.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Tuve ocasión de hablar largo y tendido con Ruby. Ella me contó los motivos de su vigilancia.

Thea dirigió al joven una mirada llena de recelo.

—Dermott, ¿en qué nuevo lío te has metido? —preguntó—. ¿Te has enredado con alguna casada?

—¡Dios me libre! No, no es eso, guapa. Lo que sucede es que, pocas casas más abajo, en esta misma acera, vive otro Dermott Fox.

—¡Asombroso!

—¿Verdad que sí? Pero lo mejor de todo es que estuve hablando con él señor y la señora Fox.

—Querido, te aseguro que no entiendo nada de lo que dices. ¿Fuiste a presentarles tus respetos? ¿Acaso querías celebrar la feliz coincidencia?

—No, en absoluto. Sólo quería estudiar el caso personalmente.

—¿Y...?

—La Agencia «K» ha cometido una terrible equivocación. En la misma casa que los Fox vive un matrimonio algo desaparejado en edad. El hombre tiene unos cincuenta y tantos años y ella veinte menos. Pero hace un par de meses, ellos vivían en el ático y los Fox en el primer piso. Ahora sucede al revés, porque el vecino no anda muy bien del corazón y no le conviene subir escaleras, ya que la casa, de sólo tres pisos y ático, carece de ascensor.

—Creo que empiezo a entender, aunque resulta un tanto complicado.

—Sí. Ruby tomó al vecino cincuentón por el otro, es decir, creyó que era Dermott H. Fox. Informó sobre el asunto, pero me llamaron a mí.

Thea se puso una mano en la boca.

—¡Dermott! Entonces, la Agencia «K» es...

—Sí —confirmó él sombríamente—. Es lo que tú piensas, pero, sin embargo, no podemos demostrar nada.

Ella se sentó en una silla, presa de una súbita debilidad en las piernas.

—No..., no puedo tenerme en pie... —balbuceó.

—Resulta lógico —dijo Fox, comprensivamente—. Ruby creyó primero que el vecino cincuentón era Fox. En la Agencia «K» empezaron a «trabajar» al supuesto señor Fox, pero hubo una

segunda confusión, puesto que, al haber dos personas con el mismo nombre y apellido y consultar en la guía, se equivocaron y eligieron mi número. Cada vez que el cincuentón salía a la calle, Ruby, que ignoraba el cambio de piso, lo seguía y enviaba sus informes, persuadida de que era el Dermott Fox a quien le habían encomendado vigilar.

—Pero la han asesinado —dijo Thea—. ¿Por qué?

—Es muy probable que estimaran conveniente un silencio total por parte de Ruby, ignorando que ella me lo había contado todo..., es decir, lo que sabía, puesto que Ruby, por descontado, era completamente inocente de los crímenes que se habían cometido. Lo mismo que tú, ya que hubo un tiempo en que vigilaste a Hughes y a Crimm.

—Si hubiera sabido que se trataba de cometer unos asesinatos, jamás habría aceptado...

—Nena, no te reproches nada, puesto que tú fuiste sólo un instrumento en manos de la Agencia «K». Ni siquiera el fiscal de corazón más duro podría encontrar base alguna para involucrarte en lo que ha pasado.

—Eso me tranquiliza un tanto, Dermott —confesó Thea—. Pero ¿qué piensas hacer tú?

Los ojos de Fox se entrecerraron.

—Voy a tender una trampa...

El teléfono sonó bruscamente en aquel momento.

CAPÍTULO X

Thea fue a la sala, seguida por el joven. Ella levantó el aparato.

—¿Sí? —dijo.

—Perdón, deseo hablar con el señor Fox —manifestó la persona que había llamado.

—¿Dermott H. Fox?

—Sí, el mismo...

—Lo siento, señora; mi esposo está en el Scotch Memorial Hospital. Se lo llevaron urgentemente anoche, víctima de un ataque cardíaco. Se encuentra muy grave...

—Oh, cuánto lo siento, señora Fox. Deseo sinceramente que su esposo llegue a curarse por completo.

—Muchas gracias. Luego iré a visitarle y... ¿Puedo darle el nombre de la persona que lo ha llamado?

—Martin, Ángela Martin, señora.

—Se lo diré. Muchísimas gracias, señora Martin.

La comunicación se cortó. Fox hizo un gesto harto significativo con el índice y el pulgar en círculo.

—Perfecto —dije—. La directora de la Agencia «K» se ha tragado el cuento.

—No me fío —contestó ella—. Pueden investigar...

—Resulta lógico que lo hagan. Por eso vamos a desaparecer de la escena. Tú ya no volverás a tu alojamiento y yo abandonaré este piso por el momento.

—¿Temes que...?

—Preciosa, las precauciones no están nunca de más. Y no quiero que te suceda lo mismo que a la pobre Ruby Fowliss.

Ella le miró a través de los párpados entrecerrados.

—Me gustaría conocer el método que empleaste para hacerla hablar —dijo.

—Muy sencillo: le enseñé doscientas cincuenta libras y una

pistola.

—¡Pero tú nunca usas armas, Dermott!

—Era una pistola de imitación. Ruby no lo supo hasta que terminó la conversación. Anda, vámonos ya; a partir de ahora este teléfono permanecerá silencioso durante unos días. Por cierto, Thea, ¿qué me cuentas de la señora Stratham?

Ella puso las manos en las caderas.

—Pero ¿es que todavía sigues pensando en robarle las joyas? —se escandalizó—. Después de lo que ha ocurrido, no sé cómo tienes estómago...

—Thea, cuando haya aliviado de sus joyas a la señora Stratham, empezaré la última etapa de mi... digamos venganza.

—No entiendo en absoluto, Dermott —se quejó Thea.

—Como desconoces la verdad, es lógico que no comprendas lo que sucede, salvo que eres la ayudante de el Burlón. Pero aquí estamos perdiendo el tiempo. Vamos, seguiremos hablando durante el camino.

—El camino..., ¿adónde, Dermott?

—Ya lo verás cuando lleguemos, curiosa —contestó él, sonriendo.

La doncella uniformada miró especulativamente al hombre vestido con un mono y que llevaba pendiente del hombro una caja de herramientas.

—Compañía de teléfonos —dijo Fox, impasible—. Hemos recibido un aviso...

—Ah, sí, pase, por favor.

Fox siguió a la doncella. Gwyn Ladd se puso en pie al ver entrar al supuesto operario.

—Señora, vienen a reparar el teléfono de su dormitorio.

—Muy bien. Acompañele usted, ¿quiere?

—Sí, señora.

Fox y Gwyn cambiaron una mirada de inteligencia. El joven siguió adelante.

—Ahí está el teléfono —señaló la doncella—. Avise cuando haya terminado.

—Está bien.

La chica se marchó. Gwyn apareció en la puerta a los pocos instantes.

—¿Dermott? —llamó a media voz.

Fox sonrió detrás de su enorme bigote.

—Todo va bien, no te preocupes. Procura recordar mis instrucciones.

—De acuerdo.

Gwyn regresó al salón. Fox simuló trabajar en el teléfono que había sobre la mesilla de noche. A los pocos minutos oyó el timbre del teléfono en la sala y levantó el aparato.

—Soy la señora Ladd —dijo la dueña de la casa.

—¿Qué tal, señora? ¿Continúa pensando en las delicias de la viudez?

—Sí, pero me parece que lo veo muy difícil.

—¿Por qué?

—Mi esposo marcha la semana próxima a Australia y Nueva Zelanda por razón de negocios. Estará tres meses, al menos. Demasiado tiempo, ¿verdad?

Hubo una pausa de silencio. Luego, la voz dijo:

—Habrá que anticipar el asunto, señora. Eso le costará veinte mil más.

—No hay ningún inconveniente, con tal de que la cosa sea discreta.

—En la Agencia «K», la discreción es la norma imperante, señora. No acostumbramos a trabajar con urgencia, pero, dadas las circunstancias, podemos alterar las reglas en este caso. Sin embargo, necesitamos de su colaboración.

—Muy bien, hable.

—Por ejemplo, ¿tiene que salir su esposo de Londres durante la presente semana?

—Oh, sí, lo hace casi a diario. Precisamente, mañana debe hacer un viaje a visitar una pequeña factoría cerca de Braintree.

—¿Lleva chófer su marido, señora?

—A veces, pero no en esta ocasión. Yo debo visitar una amiga, y me ha dejado el «Rolls» con el chófer, claro. Mi esposo usará un «Volvo» color gris claro, matrícula...

—Espléndido, señora. Déjelo de nuestra cuenta y no se preocupe de más. Ya le avisaremos el momento adecuado para que abone la minuta de honorarios.

Sonó un «click». Gwyn dejó el teléfono sobre la horquilla, a la

vez que lanzaba un hondo suspiro.

Fox se hizo visible en el salón.

—El teléfono está reparado, señora —manifestó.

La doncella apareció también.

—¿Necesita algo de mí, señora? —consultó.

—No, gracias, Mary.

Fox se encaminó hacia la puerta de salida. En voz baja, Gwyn dijo:

—¿Lo he hecho bien?

—Perfecto —contestó él en el mismo tono—. Quédate tranquila y no te preocupes de nada.

—Cuidado, Dermott.

El joven sonrió. Abrió la puerta y salió silbando alegremente a la calle.

El hombre que conducía el «Volvo» aquella mañana era gordo y medio calvo. Fox se dijo que su caracterización no engañaría a un tipo medianamente perspicaz, pero sí a la representante de la Agencia «K», quien, precisamente, esperaba encontrarse con un hombre de su apariencia física.

De repente, al volver una curva de la carretera, poco transitada, dado que se trataba de una vía secundaria, vio a un coche parado a un lado y a una mujer inclinada sobre el motor.

Ella vio el «Volvo», se incorporó e hizo señales con la mano. Fox quitó el pie del acelerador.

La mujer vestía chaqueta, suéter de cuello cerrado, pantalones y llevaba unas gafas negras. Con el bolso en la mano izquierda, se acercó al coche que acababa de detenerse.

—Perdón, caballero —dijo—. Mi automóvil tiene una avería y...

Fox la miró a través de la ventanilla abierta. Ella se disponía a abrir el bolso.

De súbito, la portezuela se abrió bruscamente y golpeó a la mujer, lanzándola de espaldas hacia la cuneta. Ella cayó con los pies en alto, a la vez que lanzaba un agudo chillido. En la caída, perdió el bolso.

Fox saltó del coche y se precipitó sobre la mujer. Cuando ya alargaba las manos, sintió un terrible dolor en la ingle.

«Sabe pelear», pensó, mientras retrocedía, tambaleándose.

Ella se puso en pie con gran rapidez. Fox tenía los ojos nublados

por el dolor del brutal puntapié recibido. Aun así, supo dejarse caer a un lado y cubrió el bolso de la mujer con su cuerpo.

Pero la asesina no tenía, intenciones de continuar la breve pelea. Giró sobre sus talones y corrió hacia el coche. Bajó de un manotazo la tapa del motor y se sentó tras el volante. El automóvil arrancó con un tremendo rugido.

Fox hizo un esfuerzo y consiguió dominarse un tanto. Agarró el bolso, lo lanzó al interior del coche y se sentó a continuación. Inspiró un par de veces; el dolor parecía una barra de hierro al rojo vivo que le hubiese traspasado el bajo vientre.

Por fin, accionó el contacto. El «Volvo» arrancó. Fox pisó el acelerador a fondo. Aunque bien mirado, perseguir a la representante de la Agencia «K» no era absolutamente necesario.

Sin embargo, persistió en su primera intención. Un minuto después vio el coche de la asesina a menos de quinientos metros de distancia.

Acentuó la velocidad. De pronto, vio que el coche perseguido se disponía a adelantar a otro que iba más despacio.

El adelantamiento tuvo lugar en un punto peligroso. Cuando la asesina estaba a mitad de la maniobra, surgió de repente un camión pesado.

Se oyó un horrendo estrépito. El coche chocó a más de cien por hora contra el camión, metiéndose literalmente bajo el motor. El otro automovilista, terriblemente sobresaltado, frenó con brusquedad y se salió de la carretera.

Fox redujo prudentemente la velocidad. El camión y el auto que había chocado con él estaban fuera del camino. El coche tenía todas las ruedas fuera, aunque no había llegado a volcar. Su conductor, lívido como un difunto, parecía a punto de desmayarse.

Fox corrió hacia él.

—Seréne, amigo —dijo—. A usted no le ha sucedido nada.

—Sí, pero... ese pobre hombre...

—Era una mujer.

El camionero, también muy alterado, había abandonado la cabina y contemplaba, horrorizado, el amasijo de hierros en que se había convertido el automóvil que había chocado con su vehículo. De pronto, se apartó a un lado, y empezó a vomitar.

Fox apretó los dientes. Ya se le había pasado el dolor del golpe

recibido. Debajo del camión, entre la masa de hierros retorcidos y aplastados, se veía un informe bulto sanguinolento.

Dermott Fox contempló a las dos jóvenes enlutadas, que habían asistido al funeral. «Tan hermosas», pensó.

Thea había, asistido también, aunque situada en un lugar discreto, de modo que no pudiera ser vista fácilmente. Los dos jóvenes se reunieron cuando la fúnebre ceremonia hubo terminado.

—Era Peggy, la menor —murmuró Thea.

—Por tanto, sobreviven...

—Elynor y Lucy.

—Gracias.

Thea le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó.

Fox consultó su reloj.

—Tengo un trabajo entre manos —dijo.

—Dermott, esas mujeres son terriblemente malas...

—Lo sé, pero ellas se creen en seguridad.

—Te buscarán. Quizá piensen que eres el culpable de lo sucedido.

—Puede, pero no me encontrarán. De todos modos, hoy tengo que hacer algo más urgente.

—Me gustaría saber de qué se trata. Claro que quizá soy demasiado curiosa...

Fox se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Hombre, cómo no lo habré pensado antes —dijo—. Tú eres mi ayudante, ¿verdad?

—Sí, pero no vayas a creerte que voy a guardarte las espaldas, mientras despojas de sus joyas a la señora Stratham.

—Nada de eso, preciosa. Lo único que tienes que hacer es apretar el disparador de una cámara fotográfica.

—Ah, quieres que te retrate...

—No, sólo he dicho que tienes que utilizar una cámara fotográfica. Anda, vámonos ya.

El coche en que viajaban Elynor y Lucy Barries se había alejado ya. Con gran sorpresa por su parte, Thea se percató de que Fox no seguía al otro vehículo.

Media hora más tarde, se detuvieron en una tienda de artículos fotográficos. Fox compró una cámara sencilla, con un rollo de

película y lámparas para fotografías interiores. Luego hizo una llamada telefónica.

Al terminar, agarró el brazo de la muchacha.

—Ven —dijo escuetamente.

Treinta minutos después, Gwyn Ladd se reunía con la pareja.

—Thea, ésta es la amiga a quien quiero ayudar, ya que ella ha sido también mi colaboradora. Su ayuda ata resultado inapreciable, créeme —dijo.

Gwyn sonrió, a la vez que estrechaba la mano de la joven.

—No te lo dejes escapar —exclamó jovialmente—. Es un poco granuja, pero también tiene un gran corazón.

—Le detesto —dijo Thea—. A veces, le odio.

Gwyn se echó a reír.

—Eso significa que estás loca por él. Bien, Dermott, cuando quieras.

—Vamos allá. Thea, no te olvides de accionad la cámara.

A las ocho de la tarde, Fox irrumpió en el reservado de un local muy discreto. Había una pareja estrechamente abrazada en un diván:

Thea apretó el disparador de la cámara. El hombre se levantó, colérico, mientras la mujer procuraba cubrirse con las manos.

—¿Qué significa esto? —gritó Irving Ladd.

Fox hizo un gesto con la mano. Gwyn se hizo visible en aquel momento.

—Hola, Irving.

El rostro de Ladd se puso del color de la púrpura. Abrió la boca, pero apenas si consiguió emitir otra cosa que unos sonidos inarticulados.

La mujer se vestía apresuradamente. Thea tomó un par de placas más, sin hacer el menor caso de los chillidos de protesta de la amiga de Ladd.

—Bien, Irving, bien —dijo Gwyn—. Te habías encaprichado de Carolyne Tower, y la tendrás, pero el asunto te costará un ojo de la cara, créeme. Tú querías deshacerte de mí, y lo has conseguido, aunque no al precio de saldo que habías calculado.

Ladd tenía la boca abierta. Aún no había conseguido reaccionar.

—No, no diga nada —habló Fox suavemente—. Por muy alta que sea la indemnización que fije el juez, todavía resultará barata,

ya que está vivo gracias a su detestada esposa. Gwyn es mucho mejor de lo que usted se piensa, y lo sabrá el día en que conozca toda la verdad. Eso es todo; pueden continuar la... fiesta.

Cuando abandonaron el local, Gwyn tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca me hice demasiadas ilusiones al casarme con un hombre que tenía treinta años más que yo..., pero tampoco me imaginé que podríamos acabar de este modo.

—Se te pasará —dijo Fox persuasivamente—. Eres joven y bonita. No te faltarán pretendientes, aunque, eso sí, te aconsejo lo pienses bien antes de reincidir de nuevo.

Gwyn asintió. Subió a su coche y desapareció. Fox y Thea quedaron solos.

—Bien, un asunto concluido dijo ella. —Pero todavía quedan dos, Dermott: El Burlón y la Agencia «K». ¿Cuál de ellos piensas resolver en primer lugar?

—La Agencia «K» —respondió el joven, sin vacilar.

CAPÍTULO XI

Fox permaneció una semana ausente de su casa. A los siete días, regresó y se sentó junto al teléfono.

La espera duró veinticuatro horas. Al fin, sonó el timbre del teléfono.

—Soy Dermott Fox.

—Hola —dijo una voz harto conocida—. Nos gustaría hablar con usted, señor Fox.

—Antes, me convendría saber una cosa.

—¿Sí?

—¿A cuál de los dos hombres, apellidados Fox, desean ver?

—Demasiado lo sabe, Dermott. También sabe dónde encontrarnos. ¿Por qué no viene a vernos?

—Fije una hora, Elynor.

—Ah, conoce mi nombre.

—Sí. ¿Quiere que le diga el nombre de la persona que me lo indicó?

—Resultaría útil, en efecto. Un día nos tomaremos el desquite.

—Dudo mucho de que lo consigan, pero, en fin, ahí va el nombre: Thea Welles.

—De modo que ha sido ella...

—Sí, Elynor. Por cierto, ¿sabe ya que Dermott H. Fox y su bella esposa están de vacaciones? Naturalmente, no le diré adonde fueron, aunque sí estoy en condiciones de informarle que todo esto fue un colosal error de la Agencia «K».

—No somos infalibles, en efecto, Dermott. ¿Cuál fue el error?

—Se lo diré más tarde, cuando nos veamos en persona. ¿A qué hora le conviene la entrevista?

—Ah, se atreve a venir...

—¿Por qué no? ¿Cree que tengo miedo de usted?

—En su lugar, yo estaría temblando de pánico.

—¡Exagerada! —rió Fox—. Señale una hora, y seré puntual.

—Mañana, a las diez. Supongo que no avisará a la policía.

—¿Para qué? Ustedes son demasiado listas, y no hay pruebas.
¿En su oficina, Elynor?

—Sí. Hasta mañana.

Fox dejó el teléfono sobre la horquilla, y meditó unos segundos.

La demora en la entrevista se le antojaba hartos sospechosa. Sin duda, Elynor quería tenderle una trampa. Estaba seguro de que ella había llamado continuamente a su casa hasta conseguir la comunicación. Pero no le iba a dar el gusto de encontrarlo allí.

Era muy posible que Elynor intentase atacarle durante la madrugada, cuando le creyese dormido. Lo mejor era levantar el campo, decidió finalmente.

Thea Welles se levantó, aquella mañana, muy temprano. La granja donde residían los padres de Dermott estaba situada en un lugar sumamente atractivo. El tiempo era excelente, y la joven pensó que un paseo por el campo la ayudaría mucho a serenar su espíritu.

Cuando terminaba de vestirse, oyó el ruido de un motor que se acercaba a la granja. El dormitorio de los huéspedes estaba en el primer piso, y Thea se acercó a la ventana.

El coche se había detenido ya. Una mujer se apeó. Thea sintió que se le detenía el corazón. La recién llegada era Lucy Barries.

Lucy llegó a la puerta y llamó. La señora Fox abrió.

—¿Sí...? —dijo.

—Buenos días —saludó Lucy—. Usted es la madre de Dermott Fox.

—En efecto. ¿Conoce a mi hijo?

—Muchísimo —sonrió la recién llegada—. Por favor, ¿está su esposo en casa?

—Claro. Pase, por favor.

La señora Fox guió a la visitante hasta el salón, en donde había un hombre desayunando. De pronto, Lucy sacó una pistola.

—Lo siento —dijo—. No pretendo hacerles el menor daño, a menos que desobedezcan mis órdenes. He venido aquí para recibir una llamada telefónica.

—No entiendo nada en absoluto —manifestó el señor Fox.

Lucy movió la pistola.

—Veo ahí un diván —sonrió—. Siéntense, permanezcan quietos y no les pasará nada.

Randolph Fox miró a su esposa. Ella estaba muy pálida y nerviosa.

—No temas, querida —dijo—. Lo mejor será hacer lo que nos mandan.

—Me gusta su comportamiento —exclamó Lucy—. Repito que no quiero hacerles el menor daño; sólo he venido a esperar una llamada telefónica, desde Londres.

Los dos esposos se sentaron en el diván, con las manos unidas. Lucy ocupó una silla y cruzó las piernas despreocupadamente.

—Una casa muy bonita —comentó.

Lucy Barries había cometido el error de sentarse de espaldas a la escalera que conducía al piso superior. Thea apareció arriba, y se puso los dedos en los labios, indicando silencio a los dos esposos. El señor Fox apretó con fuerza las manos de su esposa, a fin de tranquilizarla.

—Me gustaría saber quién hará la llamada —dijo—. ¿Qué es lo que nos van a decir?

—Ya lo sabrá usted en su momento, no se preocupe.

Lucy estaba sentada junto a una mesa, sobre la que había dejado el bolso. Con la mano izquierda, sacó cigarrillos y se puso uno entre los labios. Luego presionó el resorte del encendedor, y le pareció que el aparatito explotaba con gran ruido.

Con el jarrón todavía en la mano, Thea miró a la mujer caída en el suelo. Luego volvió sus ojos hacia el jarrón.

—¡Caramba, ha resistido! —exclamó.

—Es de barro bien cocido y, además, muy grueso, según mi fórmula —declaró el señor Fox—. Thea, ¿quién diablos es esta mujer?

—Una peligrosa criminal —contestó la muchacha—. Lo mejor será que busque una cuerda.

—Yo..., yo avisaré a la policía... —dijo la señora Fox, todavía no recobrada del susto que había recibido.

Thea alzó una mano.

—Antes de hacer nada, será mejor que aguardemos la llamada que anunció esta asesina —aconsejó.

Miró a Lucy, que yacía en el suelo, con los ojos cerrados, y

sonrió.

—Tengo la impresión de que hoy se va a celebrar la clausura de la Agencia «K» —agregó.

—De modo que ésta es la Agencia «K» —dijo Fox, a las diez y un minuto de la mañana—. Supongo que «K» será la inicial de «killer», esto es, asesino.

—Exactamente —confirmó la hermosa Elynor Barries, sin pestañear—. Agencia de asesinatos.

—¿Le importa que fume? —solicitó el joven—. Preveo que va a resultar una conversación interesantísima.

—Por supuesto, pero no intente nada contra mí. —Elynor tocó con las yemas de los dedos el revólver que había sobre la mesa—. Puedo matarle muy fácilmente —amenazó.

—No se preocupe; sólo tengo ganas de fumar. Estoy un poco nervioso, ¿sabe?

—Se comprende.

Elynor estaba en pie, aunque apoyada en la mesa que había tras ella. Era una mujer realmente hermosa, de cuyo cuerpo opulento se desprendía un poderoso atractivo sensual.

Fox lanzó una bocanada de humo.

—¿Ha estado casada alguna vez? —preguntó.

—Una, y fue suficiente —respondió ella.

—Entonces, ya sé por qué ha cometido todos esos asesinatos.

—¿De veras? —se burló Elynor.

—Es una frustrada. Ha tenido que buscar en el asesinato lo que no pudo hallar en el matrimonio.

Elynor dejó de sonreír en el acto.

—No sea tonto —dijo ásperamente—. ¿Es que no se da cuenta de que ganábamos mucho dinero?

—Indudablemente; eso es algo que no se puede negar. Pero en lo que respecta a usted personalmente, pienso que fue la frustración de su matrimonio lo que la impulsó a fundar la Agencia «K». Simplemente, sustituía con el placer de matar, otros placeres que nunca pudo conseguir.

—¡Eso no es cierto! Sólo queríamos el dinero...

—Sus hermanas, tal vez; no he tenido ocasión de conocerlas. Pero usted es distinta. Tal vez, si hubiese encontrado el hombre adecuado, su vida habría tomado un rumbo enteramente distinto.

Elynor pareció repentinamente pensativa.

—Oiga, habla como un psiquiatra —observó.

—Bien, he aprendido a conocer un poco a la gente —sonrió el joven—. En cierto modo, todos estos crímenes eran como un desquite por la frustración de su matrimonio. ¿Qué le pasó? ¿Acaso no era... un hombre...?

Ella se mordió los labios.

—Si lo dice pensando en ciertas desviaciones, le contestaré que no. Pero era un bruto, un salvaje, un hombre de la prehistoria... Sólo le faltó golpearme con el garrote y llevarme a su cueva, arrastrándome por los pelos. ¿Lo entiende ahora?

—Sí. Por un hombre, odió a los demás... y también a las mujeres. Pero un día se le ocurrió que podría obtener provecho de ese odio.

—Dermott, en el país hay miles de esposas y esposos que darían algo muy valioso por quedarse viudos, siempre que no hubiese compromiso para el superviviente de la pareja. Nosotras lo que hacíamos era seleccionar los matrimonios con mucho dinero, eso es todo.

—Como, por ejemplo, DeWitt, Hughes y Crimm, sin contar otros que aún permanecen sin descubrir. Pero DeWitt y Hughes murieron, después de haber aceptado los servicios de la Agencia «K».

—DeWitt se negó a pagar la suma convenida. En cuanto a Hughes, aunque llevó el dinero, quiso ensartarme con su bastón estoque. El muy tonto no sabía que Peggy me acompañaba y estaba a sus espaldas, para prevenir una posible traición.

—¿Qué me dice de Crimm?

Elynor sonrió burlonamente.

—Era un sujeto despreciable. Encontró a una rubia casquivana, y se creyó que la había conquistado inmediatamente.

—Sí, leí en los diarios que Crimm había salido del bar en compañía de una joven, a la que nunca se había visto allí. ¿Fue usted?

—En efecto. Ya tenía todos los datos, y acudí al bar, donde solía tomar una copa, al terminar su jornada. No resultó difícil engatusarle.

—La señora Crimm, supongo, pagaría la cifra convenida.

—Desde luego.

—Elynor, ¿cuántos casos, más, figuran en las notas secretas de la Agencia «K»?

—¿Cree que voy a decírselo? Dermott, hemos cometido muchos errores, pero aún estamos a tiempo de enmendarlos.

—Indíqueme la forma, por favor.

Elynor señaló el teléfono.

—Necesitamos encontrar a Thea Welles —dijo—. Usted la ha escondido muy bien, cosa que estimo completamente lógica. Pero si no me dice dónde está, llamaré a mi hermana y le diré que apriete por dos veces el gatillo de su pistola. Oh, olvidaba lo más importante: esa pistola puede matar a sus padres, Dermott.

CAPÍTULO XII

«Conque ésta era la trampa», pensó Fox. Ahora comprendía, con meridiana claridad, los motivos de la demora de Elynor en la entrevista.

—Así que han averiguado dónde viven mis padres —dijo.

—Sí. Lucy está allí.

—Usted quiere eliminar a Thea.

—Es un peligro para el futuro.

—¿Y yo?

Elynor sonrió.

—Depende —dijo.

—¿De qué?

—Me gustaría hacer una prueba. —Súbitamente, le tuteó—: Quizá me hagas olvidar el odio que siento hacia los hombres. Tengo el presentimiento de que resultarías muy distinto al salvaje con el que me casé, hace diez años.

—Siempre soy atento y delicado con las mujeres hermosas, aunque también muy apasionado —contestó Fox, mientras procuraba mantener la serenidad—. De todos modos, antes de seguir adelante, me gustaría saber una cosa.

—Pregunta —indicó ella.

—El veneno que empleabas...

—Curare. Paraliza los centros nerviosos. Es muy rápido.

—Lo sé, aunque, afortunadamente, no por experiencia. Pero también empleabais otros medios. Un revólver...

—Convenía hacer creer que se trataba de un asalto, cometido por un atracador solitario. Todavía lo buscan, ¿verdad?

—Es cierto. ¿Quién realizaba el asalto?

—Lucy. O Peggy, tanto daba. Por cierto, estuviste a punto de sorprender a Lucy.

—Ah, fue ella la que me tiroteó.

—Sí. Discúlpala, tu aparición resultó muy inoportuna.

—Me lo imagino, aunque fue algo enteramente casual.

Elynor apretó los labios.

—Sin embargo, la trampa que tendiste a Peggy no tuvo nada de casual —dijo.

—Lo admito.

—No comprendo... ¿Cómo pudiste fingir que eras Ladd?

—Su esposa es una antigua amiga. Nos encontramos hace tiempo, y se quejó de la mala vida que le daba su marido. Yo comenté, en broma, claro, que le convendría quedarse viuda, y ella mencionó tu llamada telefónica. Como a mí también me llamaban, por la confusión que habíais sufrido, empecé a hacer deducciones y...

—Esa Ruby era tonta —dijo Elynor.

—Y por eso la asesinaste.

—Sí —admitió ella fríamente—. Se confundió de una forma estúpida...

—Pero tú me llamabas por teléfono. ¿Como no advertiste el error?

—Ruby me dio el número, y yo lo anoté en la agenda. No se me ocurrió comprobarlo en la guía telefónica, hasta que ya era tarde.

—Muy lastimoso, Elynor. Para ti, claro.

—De acuerdo, pero ahora vayamos a lo principal. ¿Dónde está Thea?

—En casa de mis padres.

—¡Dermott! No te burles —gritó ella.

Fox señaló el teléfono.

—¿Quieres comprobarlo? —sugirió.

Elynor le miró recelosamente unos segundos. De repente, el teléfono empezó a sonar.

Ella agarró el revólver y pasó detrás de la mesa. Levantó el aparato y dijo:

—Agencia Barries. Soy la directora...

—¡Hola, Elynor! —Sonó una voz fresca y juvenil—. Me llamo Thea Welles, por si no me ha reconocido, y quiero decirle algo importante. Lucy está atada y amordazada. Dígaselo así a Dermott, a quien supongo en su despacho, en estos momentos.

El rostro de Elynor sufrió una terrible transformación. Dejo caer

el teléfono y, con la misma mano, abrió el cajón central de su mesa, de la que sacó algo parecido a un estilete de acero.

—Lucy está prisionera —dijo Elynor—. Ahora mismo vas a llamar a tu casa y dirás que la suelten o te mataré.

El teléfono estaba fuera de la horquilla. Thea gritó, pero no obtuvo respuesta alguna.

Elynor avanzó hacia el joven. Había soltado el revólver, y tenía la mano extendida, con el estilete firmemente sujeto entre los dedos.

La punta del estilete carecía de brillo. Fox contempló aquella sustancia de color pardo rojizo, casi mate, que aparecía adherida al metal, en una extensión de casi tres centímetros.

—Llama y di que la suelten —insistió Elynor.

La puerta del despacho se abrió súbitamente. Elynor desvió la mirada un instante. Fox aprovechó la ocasión, y agarró la muñeca de la joven, retorciéndosela con un gesto brusco.

Un alarido desgarrador brotó de la garganta de Elynor. Al mismo tiempo que el estilete era desviado de su primitiva posición, ella avanzaba el busto. La punta metálica rasgó la blanca piel del escote, en una longitud de más de cinco centímetros. La sangre brotó de la herida, manchó de Tojo la piel blanca, y se deslizó hasta perderse en el interior de la ropa.

El estilete cayó de la mano de Elynor. Entonces, Fox oyó una voz que brotaba del teléfono descolgado.

—Thea —dijo, un instante después—, todo está bien. Tranquilízate, te llamaré en seguida.

—¡Gracias a Dios! —suspiró la muchacha.

Fox tendió el aparato a su amigo.

—Sparky, rápido, llama a un médico —dijo.

El inspector se precipitó hacia el aparato. Elynor tenía los ojos desorbitados.

—Es inútil, ya no tengo salvación... —articuló trabajosamente.

El veneno hacía efectos con espantosa rapidez. Fox contempló, con ojos morbosamente fascinados, a aquella hermosa mujer, consciente de la horrible suerte que le aguardaba. En medio de todo, pensó, ¿no había un remoto culpable en un hombre que no había sabido ser un esposo cariñoso y comprensivo?

Elynor se tambaleó. Fox la cogió en sus brazos y la tendió sobre

un diván. Su rostro se ponía lívido por instantes. Jadeaba angustiosamente, y el cuerpo era sacudido por violentos espasmos.

Slayton volvió la vista hacia su amigo, después de haber llamado a una ambulancia.

—Me pregunto si no hubiera obrado mejor, entrando en la habitación cinco segundos antes —dijo, visiblemente apesadumbrado.

Fox meneó la cabeza.

—Estas cosas no se pueden saber —contestó. Elynor tenía ya los ojos cerrados, aunque todavía respiraba angustiosamente—. Y quizá ella piense que ha sido una buena solución.

Al cabo de unos minutos, Elynor dejó de moverse. Fox se dirigió hacia la puerta.

—Ya lo has oído todo, Sparky —se despidió—. El resto es tuyo.

Una semana después, el Burlón cometió su sexto robo. La señora Stratham fue despojada de ciento quince mil libras en joyas.

—Pensé que no serías capaz de seguir con esa vergonzosa carrera —dijo Thea, después de leer la noticia en los periódicos.

Fox sonrió.

—Si tienes un poco de paciencia, podrás conocer el desenlace de la historia, el sábado próximo, a las seis de la tarde, en el lugar que te indicaré. Cuando nos conocimos, era mi segundo golpe, ¿lo recuerdas?

—Sí, tu primera víctima fue la señora Wharton...

—Celebro tu buena memoria, nena. Por cierto, ¿no te sorprendió ver que el jarrón que usaste para golpear a Lucy Barries no se rompiera?

—Sería de alguna especie de plástico —calculó Thea.

—Nada de eso, cerámica pura..., pero, como he dicho, el sábado próximo, a las seis. Ciertamente, aunque asistirás a la fiesta, lo harás conveniente oculta, a fin de evitar suspicacias innecesarias. ¿Te conviene?

—Debo de estar loca, Dermott... En realidad, me volviste loca desde el primer día en que nos conocimos.

—Ah, sí, estabas guapísima —rió el joven—. Nunca había visto una figura tan perfecta.

Thea enrojeció vivamente, pero luego tuvo que prestar atención a las instrucciones que le daba Fox, a fin de asistir a la reunión que

el joven había preparado para el sábado siguiente.

A la hora mencionada, Thea, oculta tras unos pesados cortinajes, vio a seis parejas congregadas en torno a una gran mesa. Eran seis hombres y seis mujeres, algunas de las cuales le resultaban conocidas.

—Señoras y caballeros —empezó diciendo Dermott Fox—, todos ustedes están aquí, para recobrar las joyas que robó un conocido ladrón, llamado popularmente el Burlón. Bien, deben saber que el Burlón soy yo, y que tengo todas las joyas, sin que falte una sola.

—Sospecho que va a pedimos una buena suma por el rescate —dijo Andrew Wharton—. De este modo, las compañías de seguros se evitarán...

—Señor Fox, su nombre me suena —manifestó Herbert Petting-Blowes.

—Tiene que sonarle, caballero —contestó el joven, impasible—. Usted, en unión de sus cinco consocios, despojaron a mi padre de los derechos de la patente de su nueva fórmula para la cerámica, fórmula que no sólo ha resultado Utilísima para toda clase de objetos de uso diario, sino también en determinados aspectos de la industria: hornos refractarios, toberas para cohetes... En fin, enumerar las ventajas de la fórmula Fox resultaría larguísimo, por lo que no quiero continuar con el tema, hartado de todos ustedes, por otra parte. Sí, he robado las joyas de todas sus esposas, porque fueron inmerecidamente adquiridas con los incalculables beneficios de esa patente. Pero a mí las joyas me dejan frío; no he vendido siquiera el más modesto de los anillos.

»Lo único que quiero es que firmen una declaración conjunta, concediendo a mi padre la participación legal en los beneficios de esa patente, más una indemnización de trescientas mil libras, por el dinero que ha dejado de percibir durante tres años largos, tiempo que ha permanecido fuera de la empresa, por haber sido despedido mediante trucos legales, suciamente empleados. Si no lo hacen así, cuenten que las joyas, esta misma noche, serán arrojadas a lo más profundo del océano, y no volverán a verlas jamás.

Hubo un momento de estupefacción entre los presentes.

—¿Quién nos garantiza la devolución de las joyas? —preguntó el señor Covinton.

—Tienen mi palabra, y es la única salida que les queda. —Fox

extendió unos documentos sobre la mesa—. Firmen, caballeros... — Sonrió abiertamente—. Señoras, lamento haber herido su pudor, pintando mi marca en el pecho de cada una de ustedes, por lo que les presento mis más rendidas excusas. Al mismo tiempo, creo que todas ustedes tienen el suficiente poder de persuasión para convencer a los respectivos esposos de la necesidad de firmar esos documentos.

Hubo un poco de griterío entre los matrimonios. Al fin, seis resignados individuos empezaron a estampar sus firmas al pie de los documentos que Fox había preparado con antelación.

Cuando todo hubo terminado, Fox dobló los papeles cuidadosamente. Se inclinó hacia adelante, presionó un resorte, y el centro de la mesa se abrió en dos mitades.

Se oyó un alarido general. Con ojos desorbitados por el asombro Thea vio una gran caja, repleta de toda clase de joyas. Parecía un tesoro de fábula, pensó apesadumbrada.

Las mujeres empezaron a chillar, terriblemente excitadas. Los hombres se lamentaban de la encerrona que les había sido tendida, pero todos comprendían que, en medio de todo, habían salido bien parados. Ninguno de ellos se dio cuenta de que Fox desaparecía discretamente, con los documentos bien guardados en el bolsillo interior de la chaqueta.

De pronto, las mujeres se abalanzaron sobre la caja de las joyas. Atónita, Thea observó que empezaban a pelearse. Algunas se tiraban de los pelos. Las expresiones que se oían le hicieron sentirse horrorizada.

De pronto, una mano tiró suavemente de su brazo.

—Vamos, nena, aquí ya no tenemos nada que hacer.

Thea se volvió, sonriendo abiertamente.

—Una buena jugada —dijo.

—¿No crees que se lo tienen merecido? Mi padre recobrará lo que le pertenece legítimamente, y ése era mi real interés por las joyas. A propósito, ¿te gusta la casa?

—No está mal. ¿Por qué lo preguntas?

—Vendremos aquí a pasar la lima de miel. ¿Qué te parece?

—Siempre que el Burlón deje de robar.

—Eso se ha acabado ya, preciosa. Ahora, vámonos a casa de mis padres. Ya volveremos aquí otro día. A mis padres les gustará saber

que vamos a casarnos.

—Hay algo que no entiendo, Dermott —dijo ella—. Es cierto que, aunque de un modo ilícito, has conseguido que se haga justicia. Pero, dime, ¿dónde has adquirido esa... práctica de ladrón?

Dermott Fox sonrió sibilinamente.

—He permanecido bastantes años fuera del país —contestó—. A ti ya te lo puedo decir. Pertenezco al Intelligence Service, si bien ahora me encuentro digamos de baja.

—Un espía, ¿eh?

—La palabra es dura, cruel y desagradable, pero describe fielmente la realidad.

—Entonces, por eso has aprendido tanto... Incluso a ser mejor que los mismos policías. De no haber sido por ti, la Agencia «K» todavía estaría ofreciendo sus siniestros servicios a la gente.

Fox se detuvo de pronto. Ya estaban a cierta distancia de la casa, de la que aún salían gritos, chillidos e imprecaciones de las mujeres, que no acababan de ponerse de acuerdo sobre la propiedad de sus joyas. Miró a la muchacha y, de repente, la abrazó.

—Thea, vamos a olvidamos de todo eso —sugirió.

Ella se colgó de su cuello.

—Encantada —aceptó.

FIN

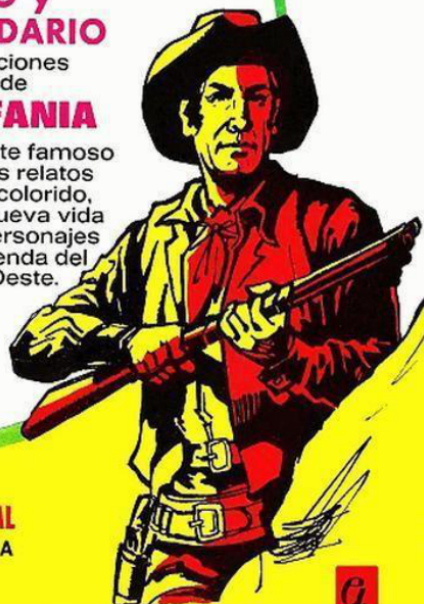
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

